ASI TRABAJO YO

alonso alcalde

ASI TRABAJO YO

ASI TRABAJO YO

alfonso alcalde

*

EDITORIAL TESTIMONIOS

194177

ASI TRABAJO YO

Textos: Alfonso Alcalde
Diseño gráfico: Rubén Montoya
Fotografía: Aliza Auerbach
Producción: Daniel Grinberg

©

EDITORIAL **TESTIMONIOS**
JERUSALEN-1978.

Composición: Graph-Press, Jerusalén
Impreso en los talleres de la imprenta
Ajva, Jerusalén
1978

—Este reportaje es el testimonio directo de tres inmigrantes — Luis Rosanovich, "Papi" Hurevich y Carlos Montañez — que registraron una experiencia humana plena de sorpresas, dificultades y logros en Israel. Si bien su historia personal y familiar se concentra en el trabajo, también se proyecta hacia otros planos reales, efectivos y concretos en que se mezclan valores tan substanciales y contradictorios como la solidaridad y la burocracia, el idealismo y el desgarramiento del trasplante: reempezar una vida, a veces un nuevo oficio, en medio de un horizonte en que también se intercalan la luz y las tinieblas. Su testimonio no es un juego de palabras, ni la entrega de elucubraciones domésticas, sino que trasciende a un plano más elevado y colectivo: el contacto con una realidad compleja, los momentos de incertidumbre y la preparación del andamiaje de una existencia renovadora.

—Tal vez su tónica más eficiente sea la veracidad que trasciende de cada uno de los relatos: se respira una experiencia vivida intensamente, en que se superan múltiples etapas, algunas conmovedoras por lo inesperado de cada situación.

—Los tres testimonios reflejan también una pasión y una porfía: el afán de reencontrar en Israel un lugar para un futuro definitivo, para la familia, para los amigos, como un aporte integral al desarrollo social de este país. Su experiencia agrega un valioso ángulo de observación a la problemática del immigrante.

—"Así trabajo yo" nos incorpora a un mundo que registra minuciosamente la riqueza de tres vidas que reflejan el ansia de superación del ser humano, la insospechada fuerza que lo mueve cuando los objetivos son concretos, la transparencia ejemplar de una conducta en que se registran la alegría, el dolor, la incertidumbre, y por fin, el logro de una meta en que se inscribe lo más positivo de los valores humanos.

A.A.

Me llamo Luis Rosanovich, me dicen "Lele" desde chico . . .

LUIS ROSANOVICH, ARTESANO EN CUERO

Estamos en casa de la familia Rosanovich, ubicada en una tranquila barriada de Ashdod. Impuestos de nuestro interés por conocer detalles de su experiencia vital en Israel a partir de una somera descripción de las circunstancias que precedieron a su asentamiento en esta tierra, comienzan a desgranar sus evocaciones con natural fluidez. Es el jefe de familia quien abre el fuego sin esperar requerimiento alguno.

—Me llamo Luis Rosanovich; me dicen "Lele" desde niño. Nací en Córdoba. Mis padres llegaron a la Argentina desde Ucrania, en el año '26. La familia de mi padre se ocupaba de la explotación de bosques, gente muy rica. Pero como muchos polacos (parte de Ucrania, en ese entonces, pertenecía a Polonia), mi padre se fue cuando llegó a la edad del servicio militar. Así fue como mi padre llegó a la Argentina a los 17 años. Empezó como todos, solo, de a poquito. . . Comerciante, como la mayor parte de los judíos en esa época. Entre los recuerdos de mi niñez está el verlo partir en bicicleta, con un paquete de mercadería para vender. Luego, ya tuvo un sulky, un caballo. Más tarde pudo comprarse un pequeño cochecito que estuvo mucho tiempo parado, porque en la época de la guerra (la Segunda Guerra Mundial) no había neumáticos, y recuerdo que el coche estaba abandonado en el gallinero. Entonces papá salía con el sulky y el caballo. Después puso un negocito, y así pasaron los años.

—Eramos una familia como muchas. Cuando yo tenía 10 años falleció mamá, y la familia quedó más sola, con problemas. Nosotros éramos cinco hermanos. Cada uno partió con rumbo distinto. Uno está ahora aquí, en Israel, trabaja en una fábrica. Los otros están en la Argentina: dos en Córdoba y uno en Buenos Aires.

—Yo terminé la escuela secundaria, obtuve el título de perito mercantil, y entré a estudiar ingeniería en la Universidad. Hice unos cuantos años. Practiqué trabajando en construcciones. Empecé sin que mi padre supiera que me iba de mañana a trabajar de peón de albañil. Quería conocer el oficio bien desde adentro. Estuve trabajando así dos años.

—Yo activé en Hashomer Hatzair durante mucho tiempo; después, llegó la hora de hacer hajshará en Buenos Aires, y también la hora de hacer aliá. Eso fue hace 23 años. La primera aliá.

—Conocí a mi señora en el movimiento. Hicimos la hajshará juntos. La hajshará era una especie de kibutz chiquito en que trabajábamos, vivíamos y convivíamos con el resto del grupo, para ir adaptándonos a lo que sería después nuestra vida en un kibutz de Israel. Y ahí nos conocimos: yo en la hajshará trabajaba también en la construcción, y como tenía la piel delicada, la cal me quemaba las manos. Con los dedos quemados tenía que ir a la enfermería para que me los curaran, y ella era la enfermera. . . Nos casamos antes de viajar.

. . . Eramos una familia como muchas . . .

—Nuestra primera aliá fue el producto de tantos años de estar en el movimiento. Yo todavía no había terminado de estudiar, pero éramos muy idealistas. Nos vinimos. Integrábamos un grupo de quince inmigrantes. Eramos todos de la Hajshará, y por lo tanto muy amigos; nos conocíamos mucho. Vinimos en una edad en que se ven las cosas en forma diferente, con una aureola de auténtico idealismo. Es diferente. Se piensa y se siente de otra forma. Es natural. Llegamos, estuvimos en un kibutz, nos encontramos con gente latinoamericana. Yo tuve que ingresar al ejército, donde estuve aproximadamente un año y medio.

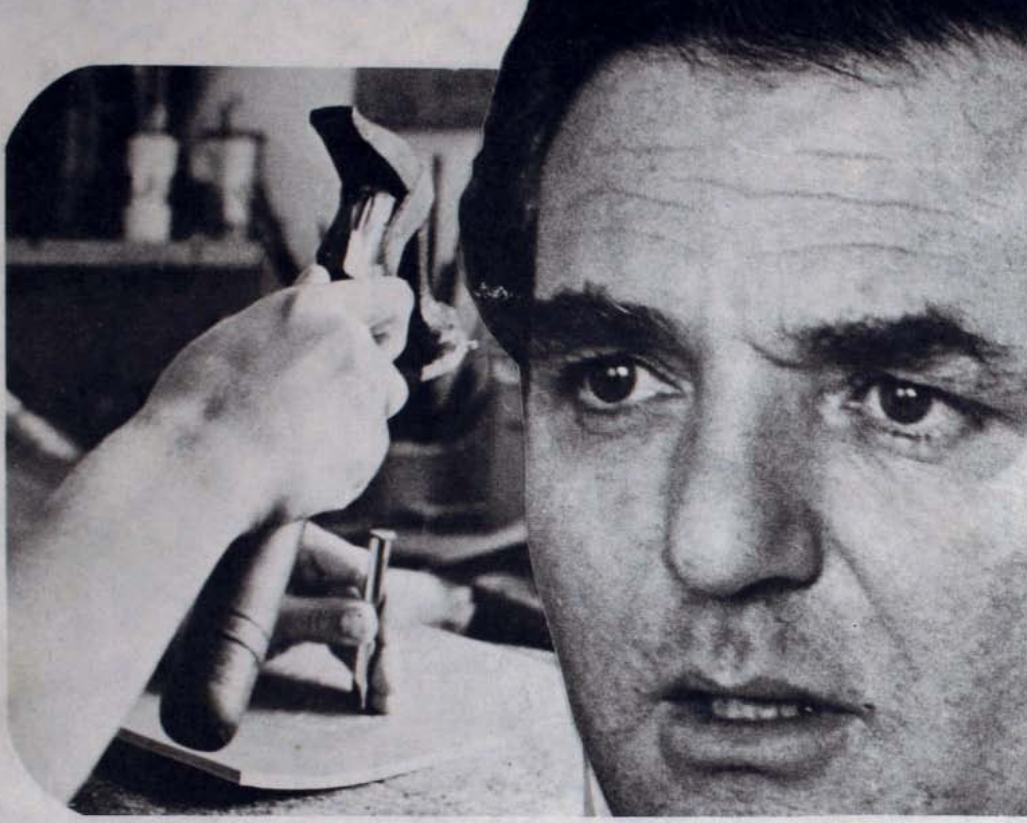
Después, la vida siguió corriendo. . . En esa primera etapa, en nuestra primera aliá, tuvimos muchos problemas de adaptación. Eran tiempos más difíciles que ahora. Tal vez nosotros en esa época no pudimos amoldarnos al ambiente, a lo mejor no tuvimos la madurez suficiente como para comprender todos los problemas que se nos presentaban. Nos faltó un poco de experiencia, más años. Porque es distinto después, cuando uno pone los pies en la tierra, y ve las cosas con otros ojos. Extrañabamos mucho a la familia, a los amigos. . .

—Y usted, señora, ¿cómo recuerda esa etapa?

—Yo estaba sola. Lele estaba en el ejército, y entré a trabajar en un hospital para tuberculosos. Se juntaron un montón de cosas. Cartas de los padres en que nos rogaban que volviésemos porque nos extrañaban mucho, yo quedé embarazada, y mis padres insistían en que el chico naciera en la Argentina, y yo también quería darles esa satisfacción, que conocieran a su primer nieto. Se juntaron así muchos factores familiares y sentimentales. Yo había aprendido muy poco hebreo. En el kibutz trabajé en la cosecha de naranjas, en la cocina. Con los niños no podía trabajar porque no tenía idioma. Era un kibutz muy lindo, y ahora está más hermoso aun. Siempre regresamos, tenemos muchos amigos. Y siempre, así como quien no quiere la cosa, nos aseguran que tienen un lugar para nosotros. . .

—Pero lo cierto es que en razón de los problemas que ustedes describen, abandonaron por entonces el kibutz. ¿Y qué camino tomaron, Luis?

—Volvimos a Buenos Aires, a empezar de nuevo. Allá vino a resultar más duro que aquí. Vivimos con mi familia, nació el hijo. . . ¡Nos quedamos veinte años en la Argentina! Yo seguí trabajando en la construcción. Ya como padre, con un hijo, con una casa que mantener, era otra cosa. Mi padre falleció y nos fuimos a vivir en Córdoba. Ahí, con unos amigos, nos pusimos a trabajar con metales, hicimos fundición. Y así pasaron los años. Los hijos crecieron. . .



—A mí siempre me gustó la artesanía, desde chico. Siempre me ha gustado hacer algo para la decoración de la casa, pintar. Recuerdo que un día fui a un depósito de chatarra, junté un montón de fierros, y con una soldadora que me prestaron hice una escultura. Apliqué los conocimientos de dibujo y arquitectura que tenía. Hice unas cuantas esculturas, las llevé a casa, y recuerdo que mi señora me dijo: "¡Ahora, con la situación económica que estamos pasando, te me ponés a hacer muñequitos de fierro!". Pero después, cuando las vendí pudimos pagar varios meses de alquiler y vivir algún tiempo con cierta holgura.

—Con la fundición nos fue mal. Tuvimos altibajos, y en una de las bajadas me dije: "Voy a hacer lo que hace tanto tiempo quiero hacer", y empecé a trabajar con cuero. Era una época de auge económico, y en el país existía una variedad muy grande de cueros. Organizamos, con un profesor de la Escuela de Bellas Artes y varios estudiantes, una Feria Artesanal en plena ciudad de Córdoba. Se trabajaba muy lindo, y los artesanos

comenzamos a prosperar económicamente. Trabajábamos en casa y en un quiosco a la vista del público. Trabajaba toda la familia."

–Pero no podían estar todos, a un mismo tiempo, en dos lugares distintos . . . ¿Se repartían la tarea? Usted, por ejemplo, señora Rosanovich, ¿qué hacía?

–Yo estaba a cargo del quiosco, pero teníamos que turnarnos para cuidar a los chicos. El que estaba de turno en casa tenía que hacer de todo, desde el aseo de la casa hasta la comida. Claro, a los chicos les gustaba mucho más la comida que les preparaba el papá. El

asado le salía muy rico, y para prepararlo usaba la misma trincheta que tenía para trabajar el cuero.

·Y en su casa, Luis, ¿quiénes trabajaban?

—Mi hijo mayor tenía 12 años cuando se incorporó a lo que estábamos haciendo y empezó a trabajar a la par mía. Como la casa era pequeña, estaba repleta de cueros. Debajo de una cama había una clase de cuero, y debajo de otra, un cuero distinto. Y así todo repartido.

Trabajábamos en la cocina, en cualquier parte donde había un pequeño espacio, y también, cuando no llovía, en el patio. A veces los vecinos nos tiraban tomates, porque empezábamos a trabajar a las cinco de la mañana y les quitábamos el sueño. Nos gritaban de todo, pero a la hora del almuerzo comíamos ensalada gratis.

—Con mi mujer nos complementábamos. Ella tenía más ideas porque estaba más al tanto de la moda. Ella era la encargada de darle el último detalle a cada trabajo. Los niños también, poco a poco, fueron sintiendo una responsabilidad, viendo el esfuerzo y yo diría el entusiasmo con que trabajábamos nosotros. Un día cualquiera toda la familia se había convertido en un grupo artesanal. Pero todos siguieron sus estudios.

—Nuestra situación económica mejoró notablemente; los chicos se sentían muy orgullosos porque veían que era también su esfuerzo, y cuando llegó el momento de comprar nuestra casa, ellos nos acompañaron y firmaron con toda propiedad la escritura. Fue un momento muy emocionante. Fue el producto de varios años de sacrificios, pero tener una casa propia nos sirvió también de gran estímulo. Era una casa grande, con un jardín, y naturalmente con un taller bastante amplio para trabajar. Ya no era necesario seguir guardando los cueros debajo de la cama. Nuestro trabajo también empezó a ser reconocido. Tenía un sello especial, una terminación distinta. Nuestros trabajos, naturalmente, no llevaban firma, pero todo el mundo los reconocía. Tenían una impronta particular. Se notaba el buen oficio, los detalles prolijamente terminados. Y también los diseños. . .

"¡Ahora, con la situación económica que estamos pasando, te me ponés a hacer muñequitos de fierro! . . ."

—¿Cuál piensa usted, señora Rosanovich, desde su propio ángulo de miras, que fué la causa de que "todo el mundo" reconociera la calidad de sus piezas?

—Porque la mayoría de los trabajos de otros eran copiados, mientras que Lele se la pasaba inventando, y nunca hizo, por ejemplo, una cartera igual a otra. Todos los diseños eran distintos, muy distintos.

—¿Dónde encontró, Luis, las fuentes de su inspiración?

—Me ocurría una cosa rara: muchos diseños se me aparecían en sueños. Soñaba y entonces me despertaba y rápidamente tenía que dibujar lo que había soñado, y luego el modelo se transformaba en un éxito seguro. Una vez también soñé con el Gordo de la Lotería. Salí a comprarlo, pero no lo encontré. No salió el Gordo, pero sacó terminación.

—Después vino la guerra de Yom Kipur y los chicos comenzaron a conversar entre ellos. Se lo pasaban horas y horas dándole vueltas al tema. Al hijo mayor se le despertó un sentimiento judío muy fuerte. Hizo crisis, al parecer, algo que llevaba adentro, y fue la guerra lo que apuró lo crisis. Recuerdo que era a mediados de octubre. Ese día nosotros celebrábamos un nuevo aniversario de nuestro matrimonio, y cuando ya íbamos a salir a cenar afuera, los chicos nos dijeron que querían hablar con nosotros. Nos sentamos y nos enteramos con mucha sorpresa y curiosidad que ellos se querían venir a Israel de inmediato. Nos dijeron que el hijo mayor ya había iniciado los trámites.

"Voy a hacer lo que hace tanto tiempo quiero hacer"...

—Me imagino el momento que vivieron. ¿Cómo reaccionaron ustedes a todo esto, señora?

—Lele reaccionó diciendo: "Si nuestro hijo mayor parte, nos vamos todos juntos, porque no quiero que se disgregue la familia, y es mejor que nosotros los llevemos a Israel antes de que tengan que preocuparse de llevarnos a nosotros."

—Y parece que fue así nomás. ¿Pero cuánto tiempo demoró, Lele, en pasar del dicho al hecho?

—Fue una decisión muy rápida. Porque nosotros siempre hemos tomado las decisiones importantes de un día para el otro. Se pensó y se hizo, como se dice vulgarmente. Porque muchas cosas, cuando se piensan durante mucho tiempo, terminan por no hacerse nunca. Vendimos la casa, todo. Viajamos en barco dos semanas. Los amigos de nuestros hijos llegaron juntos; porque todos ellos estaban en un movimiento sionista, y el ideal del movimiento sionista era encontrarse en Israel. Como quien dice, de Córdoba a Israel. Y aquí se siguen viendo.

Porque muchas cosas, cuando se piensan durante mucho tiempo, terminan por no hacerse nunca.

—Esta segunda tentativa fue mucho mejor. Ya teníamos destinada una casa que no estaba lista aún, pero antes de partir nos aseguraron que no habría ningún problema en este sentido. Pero cuando llegamos al puerto y preguntamos por nuestra casa, nos dijeron que todavía no estaba terminada debido a la guerra. Bueno, había que comprender. No se estaban viviendo momentos normales y fue necesario armarse de paciencia. Esto ya lo habíamos aprendido en el viaje anterior. Esta vez, antes de ocupar nuestra casa definitiva, tuvimos que mudarnos en tres oportunidades. Eramos un poquito como los beduínos. . . Siempre estuvimos en Ashdod, porque aquí tenemos amigos de hace veinte años, y fueron ellos los que nos abrieron los brazos para ayudarnos; porque es bueno tener algún apoyo a llegar, para poder sobrellevar mejor los primeros tiempos.

—Nos gustó el lugar, cerca del mar. Estábamos en un lugar central del país, para poder colocar la mercadería. Y aquí nos quedamos y aquí nos acostumbramos. Aquí empezamos a trabajar de inmediato.

Eran tiempos más difíciles que ahora . . .

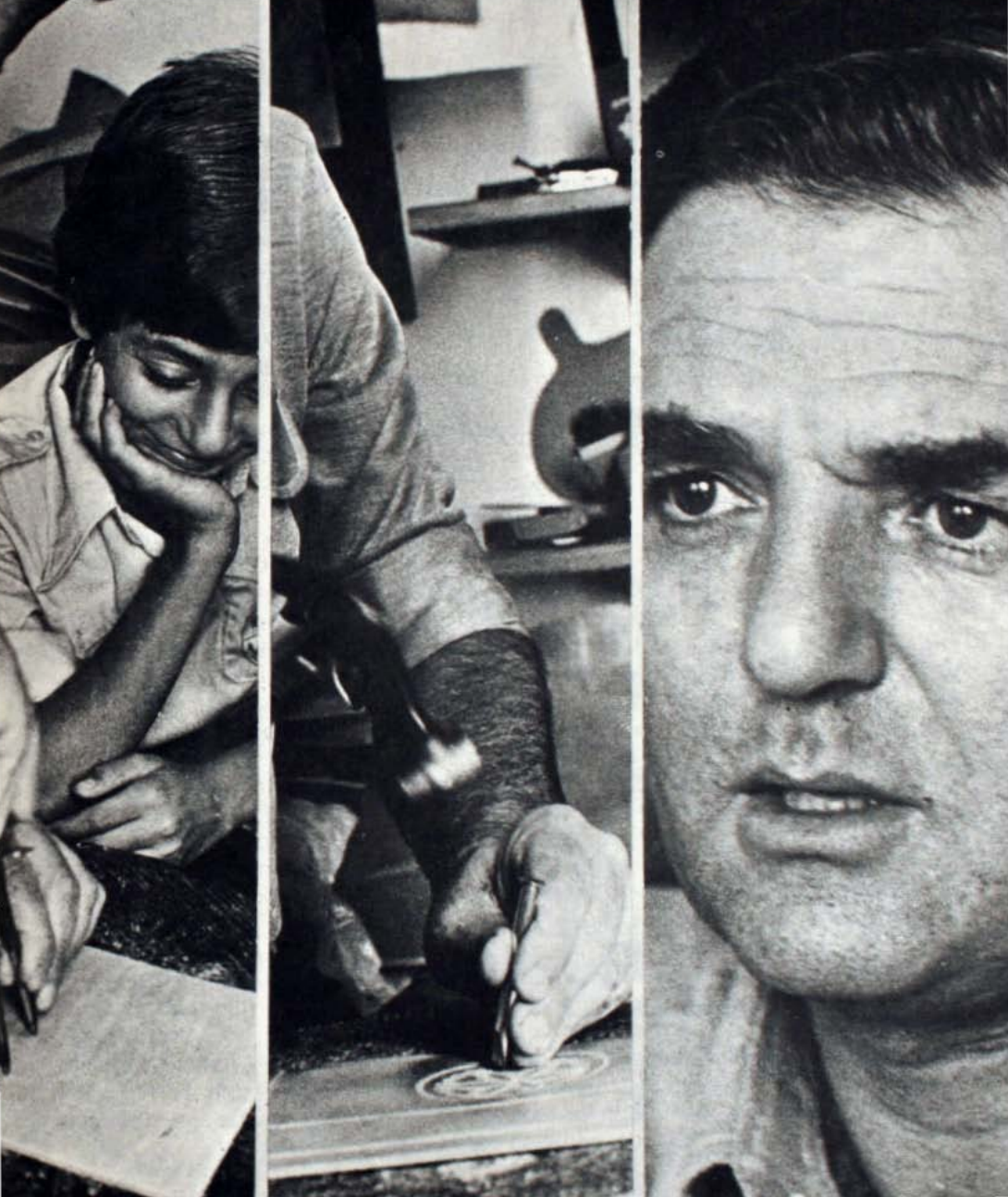
—Apenas había logrado la señora Rosanovich interrumpir el relato de su esposo diciendo que habían traído una valija con herramientas y una selección de cueros, cuando el jefe de familia retomó el hilo de su narración.

—Son herramientas muy sencillas pero que para mí tienen un sentido muy especial, porque con ellas empecé a trabajar hace muchos años. Ahora ya casi trabajan solas. . . Uno las deja en el mostrador, las mira y funcionan. . . Bueno, había que empezar a ganarse el peso. Porque el pesito de aquí y el pesito de allá son muy diferentes. Y los pocos ahorros que traíamos se fueron entre los dedos por la diferencia del costo de la vida con la Argentina.

—¿Cómo recuerda la mamá los primeros tiempos en Israel, especialmente en lo que hace a sus hijos?

—Mi segundo hijo, Angel Rubén, comenzó a hacer su propia artesanía con metales y alambres. Había aprendido la técnica mirando a otro artista allá en Córdoba, porque él también se planteó el desafío de si era capaz de usar las manos, como su padre. Lo hizo, y yo me tomé la audacia de hacer una exposición en la escuela a la que iba Dani, mi hijo menor. Expusimos también un muestrario de las cosas nuestras; toda la exposición fue muy bien recibida, y el primer mes ya pudimos pucherear con èsas entradas. Le llamó mucho la atención a la gente nuestro trabajo. Eran colgantes, anillos, era también un estilo distinto.

. . ."A veces los vecinos nos tiraban tomates."



. . . Si nuestro hijo mayor parte, nos vamos todos juntos, no quiero que se disgregue la familia.

—¿Para ese entonces no habían incluído aún los trabajos en cuero?

—Después empezamos a trabajar con el cuero, como en Córdoba. Aquí no hay ningún problema en relación con la materia prima, el cuero. Nosotros fuimos adaptando lentamente los modelos que hacíamos allá de acuerdo con la forma de vestir de acá, según las necesidades y el gusto de la gente. Hicimos algunos cambios. No muchos, pero cambios al fin. Por ejemplo, acá el hombre no usa saco, por el problema del clima y por las mismas costumbres del país. Pero en algún lugar necesita poner los documentos, la plata, los certificados, las llaves. Entonces, creamos un estilo de carterita para llevar en el bolsillo del pantalón, con las divisiones necesarias. En la Argentina ese modelo no lo hacíamos. Y después empezamos a crear otros modelos distintos. Nosotros estamos creando continuamente. Tuvimos mucha suerte, porque desde el primer día en que me puse a trabajar hasta hoy, prácticamente no he tenido descanso. Presentamos con mucho éxito una exposición, y eso también contribuyó para que el público se interesara por lo que estábamos haciendo. Aquí hay otros colegas argentinos, también brasileños. Se me ha presentado la oportunidad de desarrollarme—como se dice ahora—industrialmente, pero no quiero. Son muchos los problemas que se plantean al intentar agrandarse. El local, los trámites, los permisos. Así estamos bien. Se trabaja en casa con relativa comodidad. Hago lo que yo quiero. Y si me amplío es probable que tenga que hacer lo que el comerciante me pida. Claro que no dejo de reconocer que en ese plano existen muchas posibilidades de instalarse, de organizar un taller grande para exportar, pero considero que el hecho de trabajar en forma independiente sin que nadie me mande, el poder trabajar las horas que quiera, a la hora que quiera, vale cualquier plata. Estoy tranquilo. Todo lo que yo hago se puede trabajar con una trincheta, una cuchilla para cortar cuero, un martillo, un compás y una serie de clavos, y con varios sacabocados se van haciendo las figuras. Un tornillo viejo también puede ser una herramienta. También se usan pinturas, anilinas especiales. Se necesita también un pequeño ventilador, y la radio, que es inseparable. La radio ha sido mi ulpán de hebreo, y escuchando los programas tantas horas al día he aprendido mucho. Todo el día con la radio prendida: converso con la radio.

—¿Cómo describiría usted, Luis, su día de trabajo normal?

—Yo empiezo muy temprano a trabajar. Cinco y media, seis de la mañana. Me levanto y pongo el agua para hacer el café. La familia todavía duerme una horita más antes de que los chicos empiecen a prepararse para ir al colegio. A los cinco minutos de estar levantado ya estoy trabajando. No tengo que viajar, no tengo que hacer cola ni mirarle la cara al jefe. . . Se trabaja hasta las seis, siete, nueve de la noche. Depende de la pieza que uno esté haciendo. Si me entusiasmo puedo trabajar hasta bien tarde. Se interrumpe el trabajo para comer, para dormir una pequeña siestita a la manera cordobesa. Porque la siesta es sagrada. Y después se interrumpe para atender a los amigos que vienen a casa; llegan los clientes. . . Pero cada interrupción es también como un alivio. Un descanso obligado.

—En general la vida de un artesano es bastante tranquila. Hay días en que no hago nada, pero cuando eso sucede me siento mal y me duele todo el cuerpo. El nuestro es un trabajo sedentario. Lo ideal sería caminar todos los días una hora, ¡pero quién lo hace! Dicen que las tinturas contienen algunos ácidos que pueden ser peligrosos, pero yo no les hago caso, y además no podría trabajar con guantes.

—Cuando termino la jornada veo TV, me pongo a esperar a mi hijo mayor, que por ahí llega de repente del ejército. A veces hago un asadito al horno con carne mechada. La comida la extrañamos poco porque casi todo lo que comíamos allá podemos comerlo acá. Sólo el jamón crudo no existe. . .

—Tenemos amigos israelíes. En realidad nos sentimos bien queridos acá. Lo que pasa es que por el asunto de mi trabajo casi siempre llego tarde a las invitaciones que nos hacen. Pero claro, siempre es más grande el número de amigos latinoamericanos. Entre la gente que nos rodea a nosotros hay de todo. El olé bueno y el malo; el sabra generoso, el sabra hostil. Hay gente que saluda cuando uno sube al ascensor o se cruza en la escalera, hay otra que no.

—Y usted, señora, ¿comparte el juicio de su esposo acerca de la gente?

—Cada uno con su problema, pero en general las relaciones son buenas. Y además si uno tiene muchas preocupaciones y trata de apartarse de la gente, es natural que también los vecinos, los amigos, se aparten de uno. Yo, ahora que tengo un poco más de idioma puedo patalear y chillar más que antes. Antes me resignaba, llorando. Ahora no. Ahora reclamo cuando hay necesidad.

—Quisiéramos conocer, Luis, su experiencia respecto de los amigos de antes y de los de ahora . . .

—Los viejos amigos se pierden. Se encuentran otros nuevos. Ya no son los mismos a esta altura de vida. Pero nos quejamos, y somos conscientes de que tiene que ser así. Esos amigos quedaron allá, los nuevos amigos están acá. Los hijos ya no nos ayudan como antes; estudian, el mayor está en el ejército. Pero siempre que tienen un día libre se vienen al lado mío y me dicen: "Papá, ¿qué te hago, en qué te puedo ayudar?". Igual que antes. En la última exposición que hicimos, como mi hijo mayor estaba en el ejército, pedimos que le dieran permiso y él vino a ayudar a su padre.

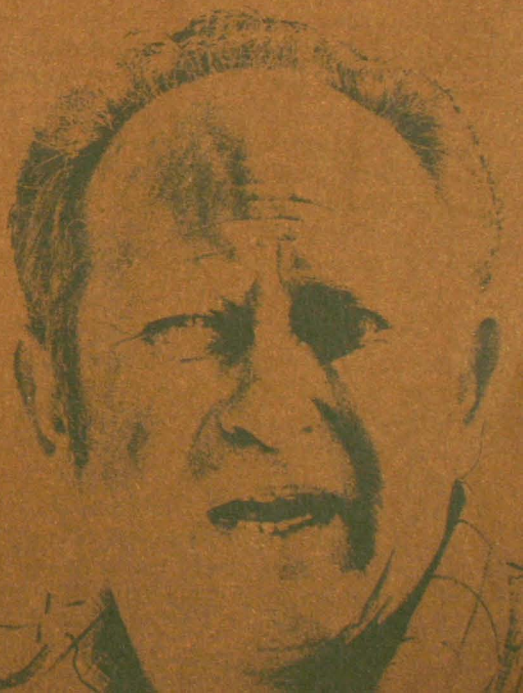
—Bueno, es una seguridad muy grande esta posibilidad de poder vivir con las manos, con el trabajo que hacen nuestras manos. Es también una tranquilidad espiritual, el saber que uno les puede legar a los hijos un oficio con el cual mantenerse. El artesano es un comerciante independiente, y tiene también leyes sociales que lo protegen.

—La artesanía en cuero aquí en Israel no está muy desarrollada. En realidad somos pocos todavía. Debe hacer unos diez o quince artesanos en esta materia. Se hacen varias exposiciones anuales en Jerusalén, en Haifa, en Tel Aviv. Prácticamente uno podría estar trabajando todo el año para las exposiciones. Son ferias artesanales rotativas donde se expone y se vende.

—Temo que mi hijo menor, el Dani, me va a fallar en los estudios. Le gusta más la artesanía. A él le ha tocado pasar por un proceso difícil. Cuando apenas sabía leer y escribir nos vinimos para acá. Después, cada cambio de casa significó un cambio de colegio, porque uno tiene que mandar al chico al colegio de la zona en que vive. Entonces se le fueron creando algunos problemas, pero los está superando bastante bien. Cuesta. El idioma es difícil, la burocracia es muy grande. En mi caso, opté por hacer las cosas por mi cuenta. Como no me daban la casa, fui y me alquilé una casa, y con mi propio esfuerzo me fui arreglando.

—Ahora, en síntesis, nos seguimos escribiendo con algunos amigos; algunos familiares nos han visitado; pero la idea de volvernos se aparece entre nosotros cada vez más remota.

Yo soy "Papi" Hurevich, nacido en una colonia judía de la pampa argentina . . .



"PAPI" HUREVICH, PIZZERO

—Yo soy "Papi" Hurevich, nacido en una colonia judía de la pampa argentina. Mis padres eran agricultores. Todavía existen los campos donde trabajaron. Aún quedan dos hermanos en esa colonia en que yo nací. En total somos siete hermanos, cinco varones y dos mujeres. Yo soy el menor. La afición de nuestra familia por la agricultura viene desde Rusia; cuando mi padre llegó a la Argentina traía la experiencia y el conocimiento de haber trabajado la tierra. El era de Nicolai. Pero los hijos de los colonos nacidos en la Argentina se iban a las ciudades. No les gustaba el campo; la ciudad los atraía más, con más perspectivas de romper la rutina de ese trabajo de la tierra que tenía muchas limitaciones.

—La zona nuestra era cerealista y ganadera. Se sembraba trigo, avena, cebada, centeno, y se criaba ganado vacuno. Yo opté por la carrera de la agricultura, aprovechando que existía una Escuela de Agricultura con internado. Era gratuita. Es por eso que pude seguir, porque la colonia donde había nacido era muy pobre y atravesaba por grandes períodos de crisis debido a las sequías. Allá en la pampa había un año bueno por cada cinco malos. El resto se perdía por la falta de lluvia. Por lo tanto, era una zona donde resultaba muy difícil sobrevivir. Y los campesinos, aunque estaban organizados en cooperativas, vivían pobremente a causa del castigo que recibían de la naturaleza, que siempre se manifestaba implacable en esa zona. No llovía casi nunca. La lluvia era una fiesta, una bendición. La lluvia era la vida para esa pobre gente que se sacrificaba tanto tratando de sacar adelante sus vidas.

—Mi padre fue un hombre que vivió en función de la familia y se entregó a ella totalmente. Y lo que él en su vida no pudo disfrutar, quería que lo obtuvieran sus hijos. Nunca aprendió el idioma. Entendía bien, pero tenía enormes dificultades para expresarse; hablaba ídish.

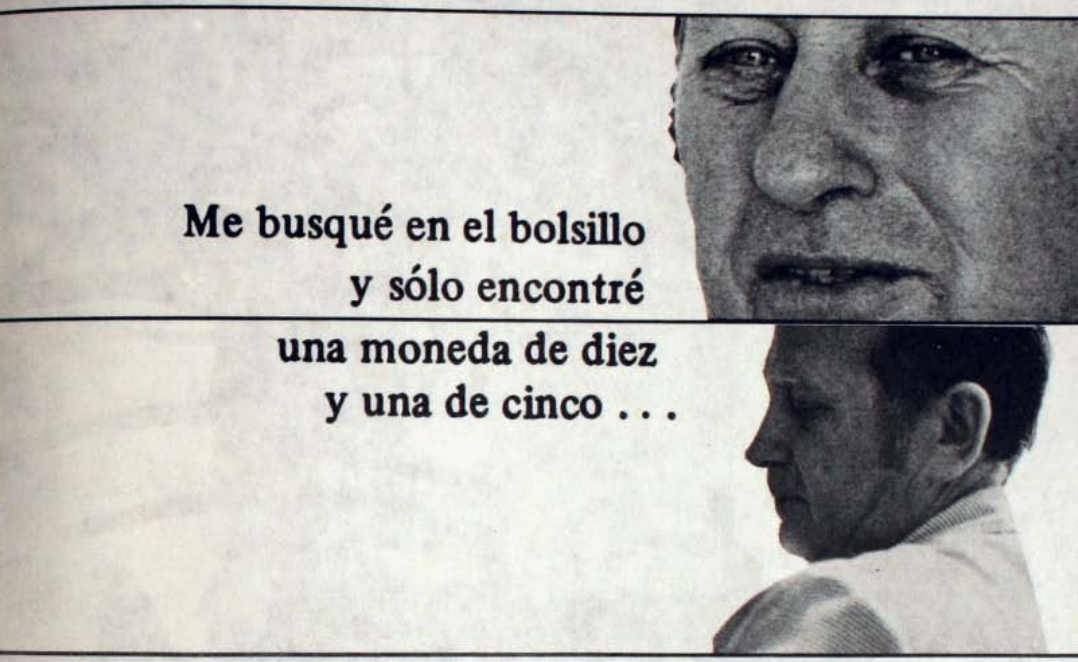
—Yo fui el único de mis hermanos que tuve la oportunidad de estudiar y recibir mi título: enólogo, experto en la elaboración del vino. Primero traté de estudiar contabilidad, pero dejé. Finalmente comprendí que debía seguir Agricultura porque mi verdadera vocación era el campo. Y el trabajo en el campo era también como un símbolo de la libertad, de no tener un jefe encima de la cabeza.

Tenía trece años cuando me fui de casa.

—Tenía trece años cuando me fui de casa. Fue muy difícil, porque nunca había salido del lado de mis padres, nunca había viajado. Tuve que tomar un tren que salía de la provincia de Buenos Aires y después de 24 horas de viaje llegué a mi destino: la casa de mi hermana, en Mendoza.

—En los primeros tiempos me enfermé de tanto extrañar a mis padres, a la familia, a la casa. En esa época viajar era una odisea. Para salir de la pampa, para tomar el tren, había que recorrer 23 leguas en sulki. Después de tres años regresé a visitar a mis padres. Ya los campos habían cambiado con los malos años. Y al morir los viejos, los hijos partieron a las ciudades. Se terminó toda una etapa de la vida de estos grupos de inmigrantes que llegaban con la idea de trabajar la tierra. Así, los judíos se fueron incorporando a otros trabajos en las ciudades, y abandonando la idea de la agricultura que traían de Rusia o Polonia.

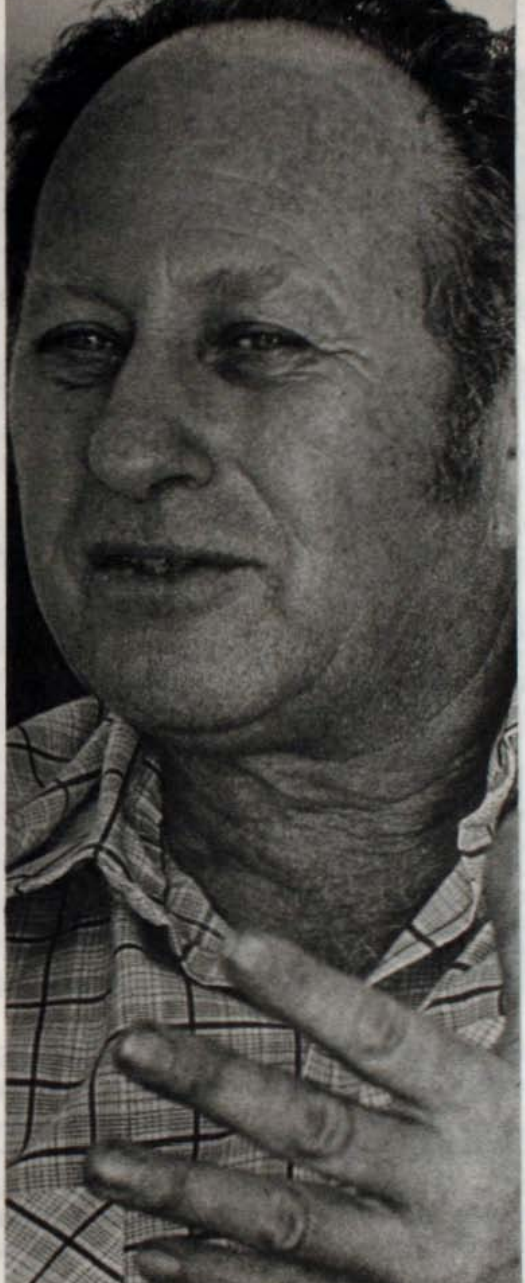
—Yo ganaba muy poco. Vivía entonces a expensas de mi hermana y mi cuñado, sin dinero ni para cigarrillos. Cuando mi cuñado veía que me encerraba en mi pieza, me daba cinco pesos y me mandaba al cine. Pero ya tenía 23 años y no podía seguir aceptando su ayuda. Tenía el derecho de ganarme la vida por mí mismo. Una vez me ofrecieron empleo en la Oficina Química Nacional. Después de un tiempo me fui. El director me dijo: "¿Por qué no sigue con nosotros?" Yo le respondí: "No. Me voy porque no estoy dispuesto a ser uno más de sus empleados. Ellos son autómatas, cosa que yo no quiero ser. Todas las mañanas entran, levantan sus cuatro botellas de muestras de vino y comentan sobre la familia, los amigos, el fútbol; se van a hacer los análisis, leen el diaro. Y eso es todo. Esa es la rutina que yo no quiero seguir porque siento que me encierra y me mata. En resumen, quiero ser más libre, porque yo no estudié para quedarme aquí haciendo todos los días lo mismo."



Me busqué en el bolsillo y sólo encontré una moneda de diez y una de cinco . . .

—¿Qué recuerda usted, "Papi", de su etapa posterior en la propia Mendoza?

—Recuerdo que en ese tiempo, en la provincia de Mendoza, los cines empezaban a las diez de la mañana. Valía veinte centavos la entrada y uno podía entrar y hastiarse de películas hasta la una de la madrugada; muchas veces yo pasaba el tiempo de ese modo: entraba y veía dos o tres veces la ronda de películas. Claro, salía con dolor de cabeza. . . pero me servía para olvidar por unos momentos mi cesantía, mi falta de horizontes. Una vez, en el momento de entrar, me busqué en el bolsillo y sólo encontré una moneda de diez y una de cinco. Eso se llama miseria, y nunca me voy a olvidar en mi vida de ese episodio. Me faltaban cinco centavos para comprar la entrada y yo no los tenía. Me quedé parado en la puerta. No sabía si ir y decirle a la chica de la boletería "te lo debo". . . Total, que decidí seguir caminando y tiré las dos monedas. Una pegó en un tranvía.



—Confieso que me corrieron las lágrimas de impotencia, de rabia. Era el precio que estaba pagando por tratar de trabajar en lo que a mí me gustaba, en lo que yo sabía.

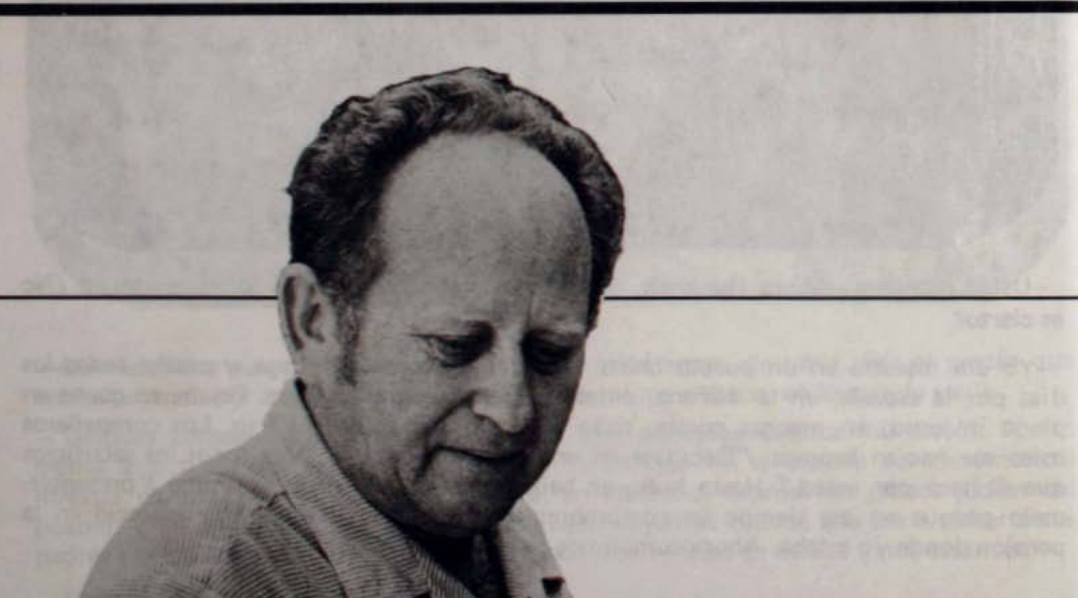
— Después conseguí trabajo en una bodega que manejaba catorce mil cascos. Por lo menos algo tenía que ver con mi profesión de enólogo. Mi señora era por ese entonces maestra en el pueblo en que yo trabajaba, en Medrano. Eramos los únicos judíos del pueblo, y en una oportunidad la conocí. Viajamos juntos cuando ella iba a visitar a sus padres a la ciudad de Mendoza. Estuvimos cinco o seis meses de novios y nos casamos.

—Usted también, señora Hurevich, debe tener algún grato recuerdo de entonces. ¿No es cierto?

—Yo era maestra en un pueblo chico y él trabajaba en la bodega, y pasaba todos los días por la escuela, en la mañana, antes de que yo entrara a clase. Pasaba en coche en pleno invierno, en mangas cortas, todo colorado por causa del frío. Los compañeros míos me hacían bromas: "Decídase de una vez," me decían, "Vea todos los sacrificios que él hace por usted." Hasta hubo un baile una vez, pero nadie se animó a presentármelo porque en ese tiempo las costumbres eran distintas. Pero un día apareció en la pensión donde yo estaba. Ahora cumplimos treinta años de casados.

¿Y?¿ Cuándo nos vamos a Israel?

—Cuando nos casamos, nadie nos ayudó. Yo era maestra, tenía mi sueldito. Juntamos lo que ganábamos los dos, nos compramos los muebles a crédito, una radio usada. Después se compró un auto tan viejo que sólo le costó 1.200 pesos. Era un Ford '31. Las puertas estaban sujetas con alambre, lo mismo que el paragolpes. Más tarde fueron naciendo los hijos. Abrimos un negocio de ramas generales. Solos los dos, de puro corajudos. Lo llevamos adelante y nos fue bastante bien.



—¿Cuándo fué, "Papi", que apareció Israel en su experiencia vital?

—En el año '50 me ofrecieron un contrato para venir a trabajar por dos o tres años a Israel. Pero en ese momento resultaba muy difícil para mí decidirme porque tenía propiedades en desarrollo, estaba debiendo parte del negocio que tenía, así que fuimos postergando el viaje. Después encontré en otra oportunidad a un muchacho que hoy es dentista en Haifa, y me dijo: "¿Y? ¿Cuándo nos vamos a Israel?" y yo le respondí: "¡Algún día nos vamos a ir!" El me contestó: "Yo hago aliá ahora. Vendí el consultorio y me voy". Después me mandó cartas invitándome a que viniera. Llegué a llenar los formularios de aquel entonces. Era en 1952. En aquellos años casi viajamos, pero yo tenía muchos compromisos comerciales. Entonces ya teníamos una estancia grande en San Luis, y no me resultaba fácil dejar todo eso de la noche a la mañana, sobre todo porque lo habíamos logrado con tanto esfuerzo. Pasó el tiempo y no se concretó nada.

. . . y tener que dejar todo

lo que uno había sido capaz de conquistar
a lo largo de una vida;
pero nos decidimos.

—De aquél entonces hasta el año '68, en que lo mandé al hijo mayor al Majón Lemadrijim, vivimos un poco distantes de lo que era Israel. Estábamos en contacto, pero no había lazos directos. Mi hijo actuaba en un movimiento juvenil, y fue elegido para venir a Israel por un año. Regresó, siguió en el movimiento, y en el año '71 decidimos hacer aliá, pero ya como familia, todos juntos. El hijo, apenas regresó de Israel, ya tenía la idea de volver. Llegó con la idea fija de regresar, y eso es lo único que lo preocupaba entonces.

La pizza,
la buena pizza,
tiene muchos secretos . . .

"Ustedes me seguirán si quieren," nos dijo él. "Yo no los obligo a ustedes. Sólo les digo que me parece que es conveniente que se vayan." El insistió en ese punto de vista varias veces, agregando: "Lo único que les digo, si es que deciden viajar, es que lo hagan en el momento oportuno, y no cuando sea demasiado tarde. Yo creo, papá, que si dejan pasar los años ya después va a ser muy tarde. Y éste es el momento preciso." Era cierto. Los años se nos venían encima. También se nos venía encima la tremenda responsabilidad de trasladar a toda la familia y dejar todo lo que uno había sido capaz de conquistar a lo largo de una vida; pero nos decidimos.

–Llegó el momento de decir: "O se mueve todo el grupo o nos quedamos definitivamente aquí." Los hijos ya estaban entrando en la etapa universitaria, y no se podía entrar a jugar con sus destinos, con su vocación e incluso con su estabilidad emocional. Había que decidirse. A uno de mis hijos le tocaba el servicio militar. Tampoco podíamos irnos, dejarlo solo, o hacer que infringiera la ley. Tuvimos que esperar ese año. Después de analizar la situación familiar, decidimos poner en venta las propiedades. En menos de cuatro meses teníamos todo liquidado. Mi señora pasó un año entero de enfermedad antes de salir; prácticamente toda nuestra pre-aliá ella estuvo ausente de casa, y todavía subió al barco bajo los efectos de los medicamentos que le daban para contrarrestar el mal de Chagas.

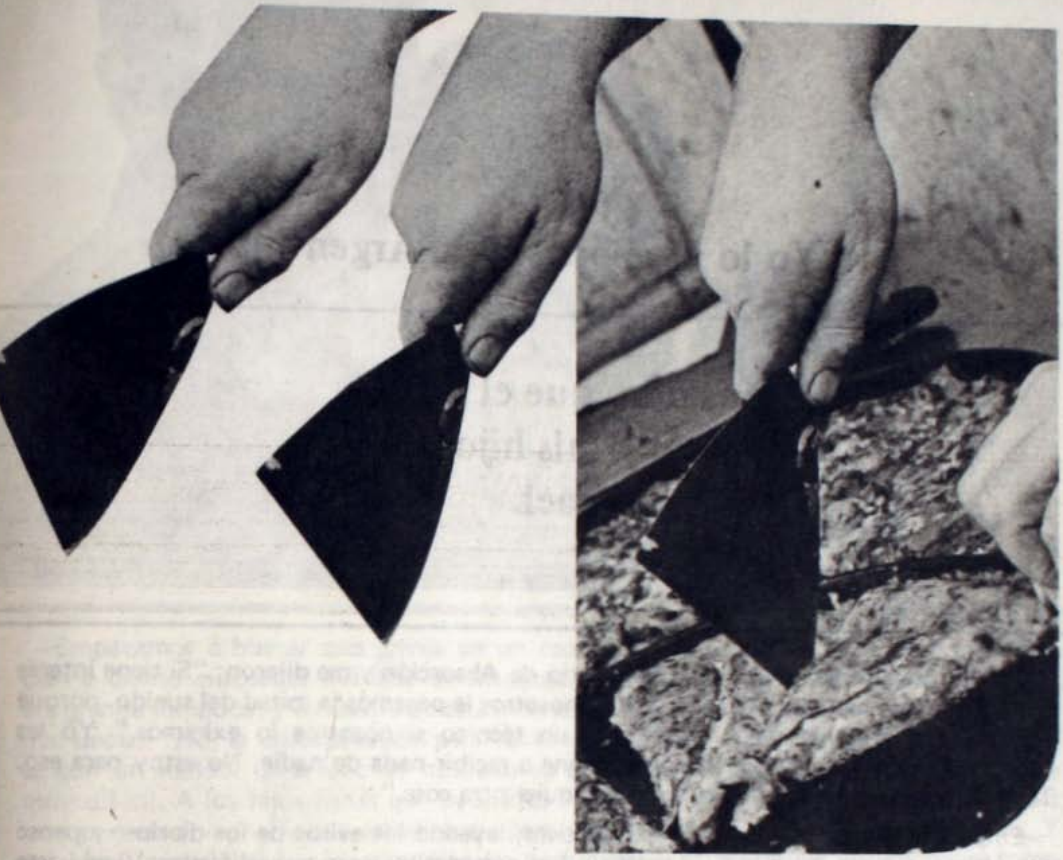
Empecé a pulsar el ambiente y me dí cuenta de que el negocio no iba a andar . . .

El negocio comenzó a prosperar. Tuvimos éxito . . .

—De allí en más habría que hablar de la nueva vida que comenzaban . . .

—Llegamos a Israel y fuimos directamente al Ulpán Metzadá. Todos me habían aconsejado que primero me pusiera a estudiar hebreo, porque después trabajo no me iba a faltar. Bueno, es fácil aconsejar, pero es difícil que los consejos resulten en la práctica. Al principio me fue muy fácil estudiar porque yo ya hablaba algo de hebreo y de ídish, pero a medida que avanzaba me iba dando cuenta de que había una diferencia muy grande entre lo que yo ya sabía y lo que me enseñaban. Había que estudiar mucho, y la edad influye.

—Los días de mayor tranquilidad de mi vida deben haber sido los meses de ulpán: no había bancos, no había cheques que pagar ni documentos que levantar. Formábamos un grupo muy heterogéneo entre argentinos, mexicanos, venezolanos. Había también rusos, norteamericanos, de todo.



—Yo antes de terminar el ulpán empecé a buscar trabajo, tratando de tirar algunas líneas. Vinieron del Ministerio de Absorción, preguntaron por mi profesión, trataron de ubicarme. Después me compré un coche para salir a buscar trabajo. Me entrevisté con mucha gente. En más de un lugar tuve que aclarar que andaba buscando trabajo y no consejos, porque los consejos no ayudan a pagar el alquiler o la cuenta del almacén. Tuve dos o tres contactos con fábricas de dulces, con bodegas. Hablé con viñateros, con técnicos, y me dijeron: "Bueno, cuando llegue la época de la vendimia vamos a necesitar un técnico para hacer la fermentación alcohólica." Pero faltaban seis meses. ¿Y yo mientras tanto qué hacía? Porque yo no vine a vivir del aire a Israel. "Pero si ustedes me dejan," les dije, "mientras tanto puedo ir conociendo la bodega y voy a ir aprendiendo. Voy a servir aquí adentro." Pero insistieron: "Nosotros por el momento no te necesitamos. Para el tiempo de la vendimia, sí." Entonces me dí cuenta de que era difícil.

. . . Yo lo pasé bien en la Argentina.

Pero considero que el lugar para mi y mis hijos es éste, es Israel.

—Me presenté en las oficinas del Ministerio de Absorción y me dijeron: "Si tiene interés en entrar a trabajar a las bodegas Carmel, nosotros le pagamos la mitad del sueldo, porque ellos tienen la obligación de contratar un técnico si nosotros lo exigimos." Yo les contesté: "Me van a perdonar, pero no vine a recibir nada de nadie. No estoy para eso. Todavía tengo buena salud para hacer cualquier otra cosa."

—Empecé a buscar por las granjas colectivas, leyendo los avisos de los diarios, y pensé por último que me iba a ir a un moshav. Las perspectivas eran muy difíciles. Viajé hasta una parrillada que había entonces en Natania. El dueño me ofreció un sueldo ridículo: 19,60 liras por día, agregando: "Si tu señora sabe hacer algo, ella puede ganar 14 liras diarias." Después de haber quemado todo, de haber dejado bodegas, viñedos, estancia, ahora me veía en la necesidad de ofrecerme por un sueldo que no me alcanzaba ni para comer. No nos desmoralizamos, pero estábamos conscientes de que se quería cometer un abuso con nosotros. Había una cuestión de principios por delante.

—Ya había comprobado que encontrar trabajo era terriblemente difícil, por mi edad, por mi falta de idioma, por la burocracia. Los hijos se iban adaptando. Uno de ellos se fue a un kibutz, pero no se quedó porque la gente de esos lugares es muy cerrada. No tenía idioma, y entonces la experiencia le resultó muy difícil. Bueno, el asunto de la parrillada lo dejé de lado; ese hombre se quiso aprovechar de nosotros, y por desgracia esto es cosa frecuente. Hay gente que pretende burlar las leyes laborales existentes.

—Empezamos a buscar una granja en un moshav para comprarla. Había que hablar de cien a ciento cincuenta mil liras de entonces. La ayuda del ministerio de Absorción no era grande tampoco, y en medio de esta incertidumbre, discrepábamos con mi hijo mayor, que decía: "No, la única solución para vos es que seas empleado. Es necesario conformarse con un sueldo. Cada uno de nosotros va a trabajar por su cuenta." Yo veía que era muy difícil. A los hijos había que ayudarlos todos los meses, dándoles algo de plata para que pudieran vivir. Todos estudiaban, pero la beca que recibían no les alcanzaba. Y entonces, cuando vi que se agotaban las posibilidades de encontrar un trabajo, y como estaba decidido que no volveríamos a Argentina, pensé que tenía que buscar algo en el rubro comercial. Y esto no resultaba fácil para uno como yo, que no dominaba el idioma.

PAP
BEER - SHEBA

—Con tan ingrata experienca en la búsqueda de trabajo, ¿no se le ocurrió intentar alguna actividad independiente?

—Tenía la posibilidad de comprar un almacén de comestibles. Eso todo el mundo quiere venderlo, porque exige mucho trabajo y da poca ganancia. La gente que lo atiende está cansada, y yo sé perfectamente todo el sacrificio que significa mantener un almacén, y por eso a mí me parecía que no era justo que a estas alturas nos pusiéramos con mi señora detrás de un mostrador a atender al público. Pero no nos quedaba otra alternativa, y todo lo que había en oferta era eso, porque no se puede arrendar un local de la noche a la mañana y empezar a trabajar en seguida. En este país hay que apoyarse un poco en el factor suerte, y conocer muy bien el rubro en el que uno quiere trabajar.

—Nos pusimos a buscar algo en conjunto con un amigo mexicano. Por último él se instaló con un negocio de artículos exentos de impuestos para inmigrantes: radios, televisores, heladeras. Yo conseguí un local, pero mientras tanto no sabía qué hacer con él; resulta difícil decidirse por el rubro comercial, sobre todo aquí, donde todo está tan explotado. Yo traía de Argentina la idea de que si no podía trabajar como enólogo, abría una parrillada o una pizzería. Yo había hecho algunas investigaciones y sabía que eso era relativamente nuevo, aquí en Israel.

—Mi señora es muy experta en la cocina, en masas, en todo, pero a nuestra edad no es fácil emprender este negocio. Encontrar trabajadores para pizzería es muy difícil: casi no hay.

—La pizza, la buena pizza, tiene muchos secretos, y lo fundamental es la masa, saberla preparar junto con los ingredientes. Y después hay que aprender a hornear como en una panadería, tomarle el tiempo preciso porque toda la materia entra cruda. Los hornos con que yo trabajo son italianos, y se trabaja con 500 grados. Después de que se prepara la masa, hay que extenderla, amasarla y ponerle las salsas, los quesos, y algún otro ingrediente, según la variedad de pizza de que se trate. Luego meter todo al horno.

—Cuando yo tomé el local inmediatamente corrió por el barrio comercial el rumor de que yo iba a abrir una pizzería. Enfrente nuestro había una cafetería. La dueña me la ofreció en venta. Era un café chiquito. Estudiamos un poco el problema. Ese negocio ya estaba en marcha. No nos convencía mucho porque era un trabajo muy pesado, había que empezar a las cinco de la mañana. Pero mientras resolvíamos qué hacer con el otro local, arrendamos el café por tres años. En ese tiempo empecé a estudiar el mercado y me resolví por una rotisería. No fue tan fácil. Antes recorrí todas las fábricas de fiambres para ver cómo trabajaban el producto, y por último me decidí por una rotisería de lujo.

—Empecé a pulsar el ambiente y me di cuenta de que el negocio no iba a andar. Y no anduvo. Me empecé a amargar y entonces llegué a la siguiente conclusión: o yo cerraba el negocio o el negocio me cerraba a mí. Y un día cerré la puerta. Y entonces decidimos instalarnos con la pizzería porque en caso contrario nos íbamos a convertir en unos fracasados, perdidos en este país. Mi señora me advertía: "Cómo te vas a poner frente a un horno si en tu vida has hecho un trabajo semejante"...

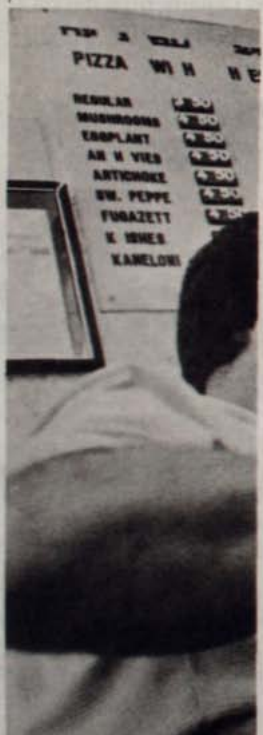
—Pero no estaba dispuesto a servir café toda la vida. Inicié entonces los trámites para importar el horno sin pago de derechos de aduana, porque era. Mi hija, que era soltera, se ofreció a trabajar junto a mí. Empecé a hacer las transformaciones del local, y por supesto, encontré toda clase de problemas. La Municipalidad, por un lado, se negaba a darme el permiso para abrir, y cada vez me iba poniendo más obstaculos, más exigencias: que azulejos de un color, que un baño de otro color, que la ventilación, que el pintado de las paredes. Hasta que un día llegó un inspector del ministerio de Salud Pública, y lloré ahí. No es de hombre llorar, pero lloré. Lo putié de pies a cabeza porque me di cuenta de que tenía las peores intenciones para enredarme en los trámites, para complicarme sin necesidad la vida. Estos burócratas resentidos parecen desconocer los reglamentos destinados a proteger al inmigrante. Parece como si se ensañaran con la gente que quiere trabajar honestamente.

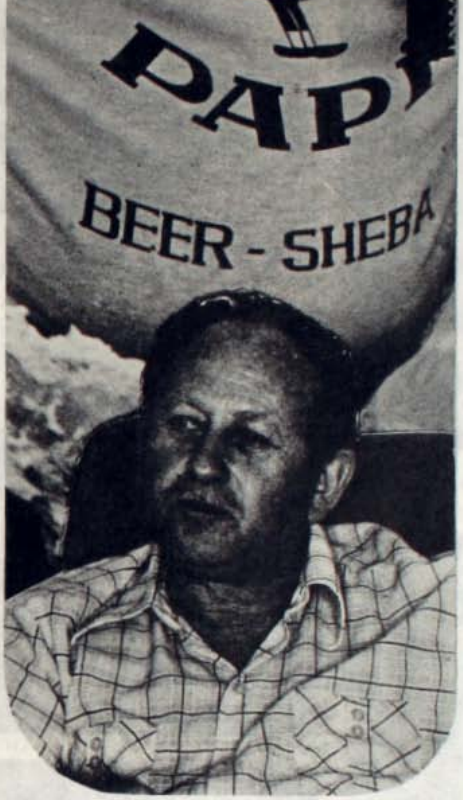
—Bueno, pero inmediatamente después entró a funcionar la pizzería, pese a todos los obstáculos . . .

—Pasó mucho tiempo antes de que pudiera abrir la pizzería, porque entretanto estalló la guerra de Iom Kipur y no pude sacar el horno de la aduana. Cuando por fin lo pude retirar, me pidieron una garantía bancaria que era más alta que todo el valor del horno. Pero venciendo todos estos obstáculos pude por fin empezar a trabajar. Abrí. Mi hija y yo al frente y mi señora atrás. Compré todos los materiales y en el camino fui corrigiendo, porque no es fácil adaptar la pizza al gusto israelí, al paladar del consumidor de aquí.

—El éxito de una buena pizza está en la masa, que debe pasar por un proceso de levantamiento, porque como es a base de levadura necesita como dos horas antes de ser colocada en cada fuente, donde debe descansar para que se eleve. Después se extiende en las planchas y ahí puede ir al horno inmediatamente. La masa sólo debe permanecer en el horno entre cuatro y cinco minutos.

—El negocio comenzó a prosperar. Tuvimos éxito, aumentamos el personal.





—Tengo entendido que además de saber hacer pizza, o debido quizás a que su pizzería le brinda la oportunidad de contactar con los distintos estratos de la población israelí, usted pudo formarse su propia opinión acerca de los habitantes de esta tierra . . .

—Yo considero a los israelíes como un pueblo especial. Tal vez se deba a la mezcla de los distintos tipos de individuos que han llegado de diferentes lugares, de variados tipos de civilizaciones. El judío que viene de Argentina, de Chile, de Latinoamérica en general, se encuentra aquí con un individuo que no cree que es así, pero que a la larga hay que convencerse que es así. Yo, después de trabajar tres años atendiendo el café conozco al pueblo. A mí no me cuentan cuentos. A pesar de que no entendía el idioma (y todavía no lo entiendo bien) alcancé a convivir con el pueblo, y no fui como aquellos que se emplean en una oficina y al final pueden pasar diez años y no conocen el país ni la gente.

—Yo tuve que caminar mucho en Israel para conseguir trabajo. Hablé con mucha gente, en el comercio y en otras actividades, traté con mucha gente y por eso sé hasta qué punto son formales o informales, conozco el carácter y la manera de ser de la gente. Al café llegaba gente sencilla, y yo escuchaba sus conversaciones, sus discusiones.

—Tuvimos que competir con una pizzería que era una de las más antiguas de Beer-Sheva y de Israel. Cuando yo estaba en el ulpán fui a comprarle la pizzería a la dueña, pero me pidió un precio muy alto por el derecho de llave. Después, cuando nosotros abrimos, ella se vio obligada a cerrar. En los primeros tiempos tuvimos que aplicar mucho el ingenio. No conocíamos la harina, ni el agua ni los ingredientes, y poco a poco fuimos corrigiendo los detalles hasta obtener lo que hoy se llama una masa especial: la masa "Papi". Al principio tuve que improvisar todo, comprar los tomates frescos, preparar las salsas. Era un trabajo de locura el que hacíamos. Nuestra jornada se iniciaba a las seis de la mañana para poder abrir a las nueve. En la tarde nos veíamos en la necesidad de cerrar porque estábamos agotados, no teníamos personal. Y luego había que abrir otra vez a las cuatro para cerrar a eso de las diez de la noche. Era todo muy duro, y el clima de Beer-Sheva, tan caluroso, era otro factor en contra. Hoy en día cambiaron esas condiciones, porque trabajamos con aire acondicionado, pero en aquel entonces, con 500 grados de temperatura y 38 de calor ambiental, y gordito como soy. . . La gente nos compraba pizza y decía: "Pobrecito el gordo, ¡cómo suda!"

—Con el correr del tiempo descubrimos también una pizza distinta. Al israelí le gusta la pizza muy picante; come cualquier cantidad de condimentos. Nosotros hacíamos la pizza suave y después nos fuimos inclinando por el gusto napolitano, un poquito más picante. Pero tampoco era como soplar y hacer botellas. En el caso de los quesos tuvimos que buscar uno especial que se adaptara a este nuevo gusto, y empecé a hacer mezcla. Ahora trabajamos con cuatro o cinco tipos distintos de queso, y el público consumidor sabe distinguirlos perfectamente. Y también encontramos la salsa ideal, resultado de los experimentos más raros.

—Yo creo que toda persona que venga a Israel tiene que estar preparada para empezar a entender la realidad israelí. En caso contrario no tiene objeto que venga. Ese es el artículo primero para hacer una buena integración. Esa es la cuota que necesita un ser humano para superar los primeros problemas que se le presentan a su llegada al país.

—Yo me siento realizado. Sólo cuando me arrimo a una bodega y siento el olor del vino me entra por la sangre la nostalgia de mi profesión de enólogo. Porque la verdad es que he tenido que hacer un enorme esfuerzo para no añorar lo pasado, lo que dejé atrás para siempre. Yo lo pasé bien en la Argentina. Pero considero que el lugar para mí y para mis hijos es éste; es Israel.

Carlos Montañez. Pintor.

CARLOS MONTAÑEZ, PINTOR

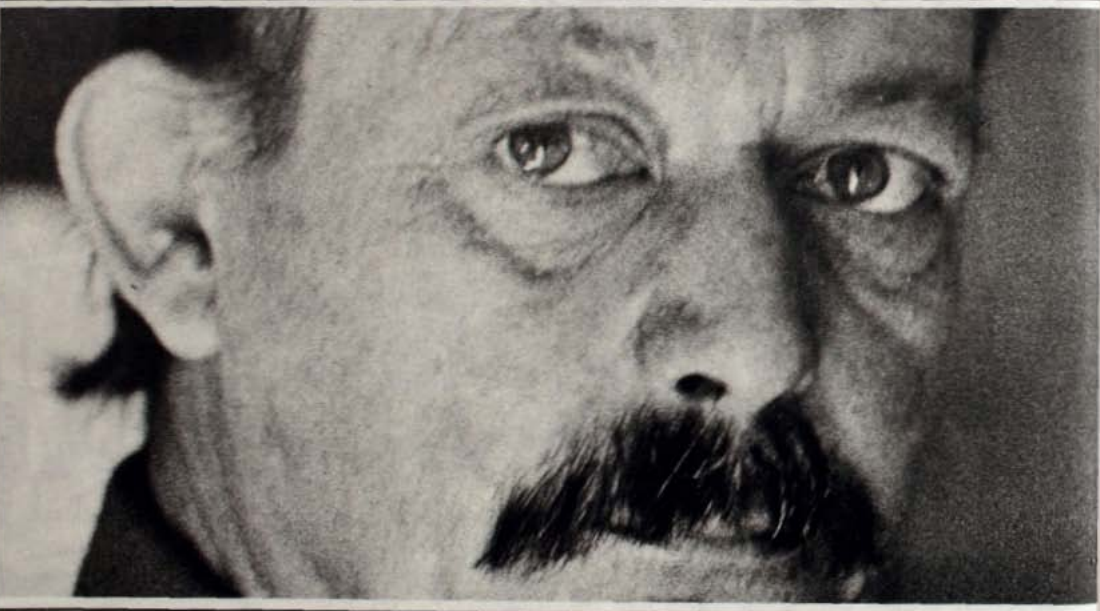
—Hace aproximadamente dos años que estamos acá. En mi país fui profesor de la Escuela de Artes Aplicadas, donde se practican todas las artes del oficio por cuatro años: mimbrería, tallado de piedras preciosas, carpintería, cuero, tapices, pintura, escultura, tallado en vidrio y cerámica. Es una escuela a la cual asisten los chicos durante cuatro años. Después hay un año prevocacional y más tarde salen a sus trabajos respectivos. Fui profesor de la escuela durante cinco años, y luego coordinador de todos los profesores en el mismo establecimiento, hasta que me nombraron director.

—Mis padres tenían una estancia en Rocha. Otro hermano mío tiene a su cargo una editorial, con una imprenta donde se hacen libros para diferentes organismos. Mi vocación empezó a los seis años. Entré en la Escuela Italiana, donde después de terminar el horario de clases me sentaba a dibujar. Allí seguí hasta los 15 años, luego fui directamente a Bellas Artes, donde estuve 23 años. Fui becado en cuatro oportunidades para estudiar en Brasil, Argentina, México y Perú.

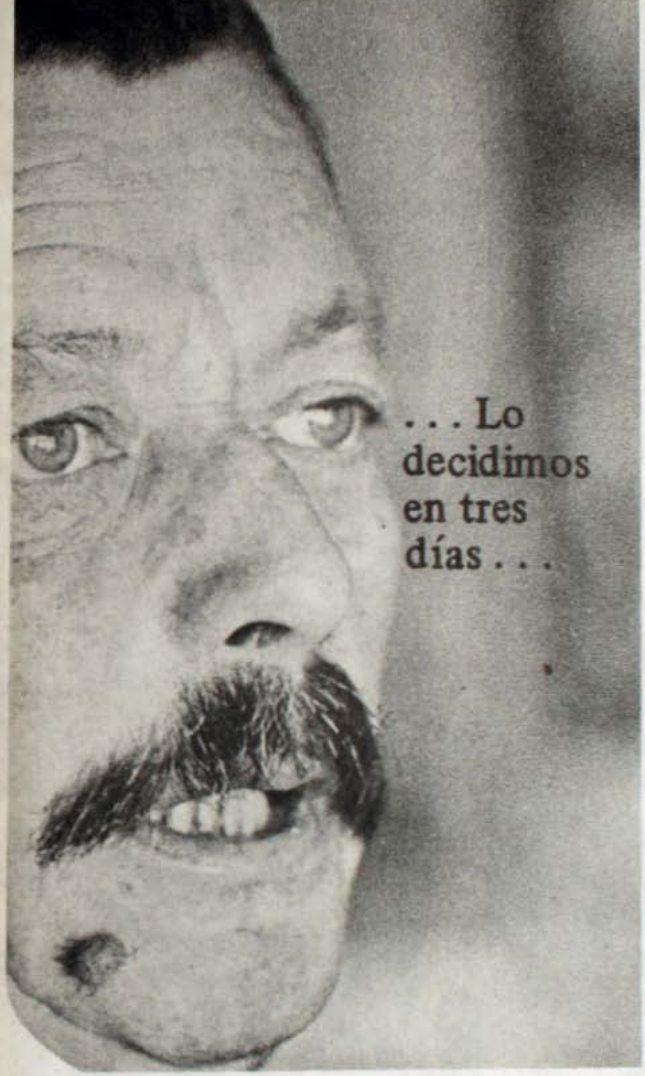
—Mis primeros maestros fueron italianos, y después toda la generación de viejos artistas uruguayos, ya fallecidos. En Bellas Artes, en los cursos superiores, estudié dibujo, pintura, grabado, escultura. Se estudia en forma conjunta. Es decir, no se estudia por separado dibujo o acuarela. No. También hay que profundizar en historia del arte. anatomía artística, etc., alcanzande, naturalmente, cada año más profundidad, más jerarquía. La pintura al fresco fue otra de las disciplinas que se incorporó a lo que se enseñaba en la Escuela de Bellas Artes, con Berdía, que fue a México a estudiar para luego a su vez enseñarnos a nosotros. Estudiamos con los profesores Pagani, Basurro, Aguerre, Cúneo. Aún vive Cúneo, gran pintor uruguayo.

El artista no crea cuando quiere sino cuando una serie de circunstancias se lo permiten . . .

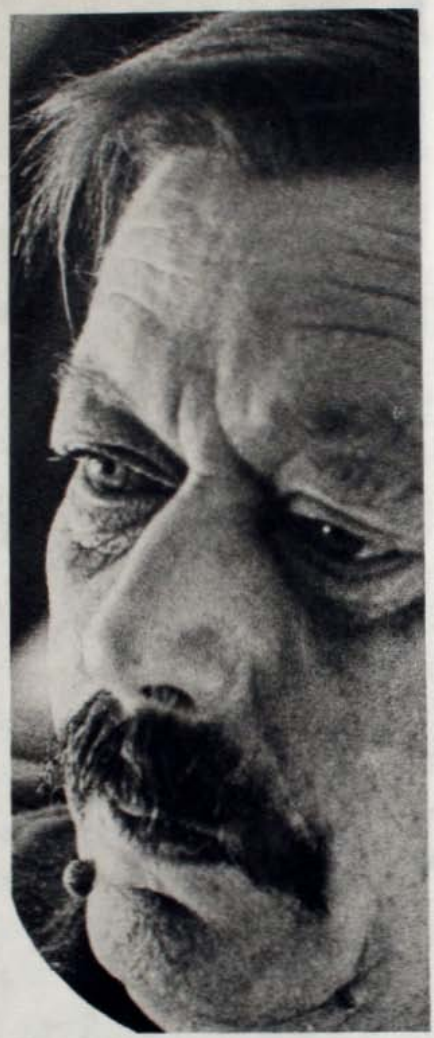
—Luego pasé a Buenos Aires, a la Escuela Superior de Bellas Artes. Estudié con Spilimbergo, también con Urruchúa, con quien trabajé en algunos murales hasta que volví a Montevideo a ejercer en las misma institución en que había sido alumno.



—En Latinoamérica es muy difícil vivir del arte, y los pintores — por lo menos la gran mayoría de ellos se ven en la necesidad de trabajar en activadades opuestas a su vocación para poder sobrevivir. En mi caso, mientras estudiaba pintura y trabajaba, tuve una serie de problemas con mi familia. Ellos no podían entender por qué razon yo había elegido el camino del arte; creían que me esperaba un futuro muy difícil y lleno de sobresaltos económicos, como ocurre con tanta frecuencia. El artista casi siempre es relegado a un segundo plano, dando la impresión de que no aporta nada a la sociedad o al medio en que vive, y por eso en muchas oportunidades se lo mira con desconfianza.



El arte no es un trabajo, consideran algunos. Es una actividad complementaria, casi un pasatiempo, una manera de divertirse o algo parecido. Entonces los que toman al arte con absoluta seriedad empiezan a chocar con estos conceptos, con estos criterios, y de ahí surge una serie de problemas humanos.



—El problema se complica más adelante, porque la experiencia enseña que se estudia y se pinta . y no se puede hacer otra cosa. La pintura es una larga disciplina y necesita una dedicación total. De modo que se vive en un mundo de grandes privaciones, de escasos recursos económicos, sin saber lo que puede ocurrir mañana.

—¿Pudo usted volcarse por entero a lo que fue su vocación?

—Yo trabajaba en una agencia de publicidad, dibujando, como una forma de solventar mis gastos, pero torturado por la idea de que estaba malgastando el tiempo, ese mismo tiempo que necesitaba para seguir estudiando, practicando, aprendiendo. Pero no tenía más remedio. Ya se ha repetido hasta el cansancio que la pintura y el arte en general son un lujo en Latinoamérica, y esta aseveración es muy cierta. Pinté carteles, figuras, letras, en fin, lo que viniera. También hice muchos afiches. A mi señora la conocí en una escuela donde yo daba clase a los niños. Ella era maestra jardinera en el "kinder" de la escuela.

—Ya que la tengo a mano, sería interesante escucharle contar a su señora, cómo recuerda ella aquellos tiempos . . .

—La ayuda que proporcionaba Carlos a los chicos era invalorable. Los entusiasmaba, los hacía soñar pintando, y ésa fue una de sus cualidades que más me gustaron. Ese afán de enseñar lo que sabía, de incorporar a los niños al mundo del arte con un nuevo criterio pedagógico, más abierto.

—Carlos me ayudaba en toda la tarea extraescolar. Yo siempre me moví entre el grupo de intelectuales que había en Montevideo, y en una fiesta nos acercamos y nos pusimos a conversar sobre el enorme interés de Carlos en trabajar, en pintar con los niños. Y así empezó el romance. . .

La vida de la mujer de un pintor está llena de privaciones.

—La vida de la mujer de un pintor también está llena de privaciones. Empieza por comprender lo difícil que es imponer ciertos valores espirituales que no todo el mundo está dispuesto a reconocer. Porque la pintura no es una profesión que aporta al hogar desde el principio. No hay un salario, un sueldo que llega puntualmente cada fin de mes. Y es en esta situación que la mujer del artista juega un papel muy importante para que éste no se desanime, para que no reniegue del camino elegido. Son experiencias duras, pero superables. Nosotros pasamos momentos muy difíciles porque la situación económica del país se agudizó, y la fábrica en que Carlos trabajaba cerró. Carlos era entonces jefe de propaganda de una fábrica de neumáticos. No sólo no siguió trabajando, sino que como artista tenía pocos deseos de pintar, abrumado por una realidad que lo presionaba, como indicándole que se había equivocado de camino. Es un hecho cierto que el artista necesita un marco de cierta tranquilidad para poder crear. El artista no crea cuando quiere, sino cuando una serie de circunstancias se lo permiten. Pero ahora que Carlos se dedica de lleno a la pintura, las cosas han cambiado.

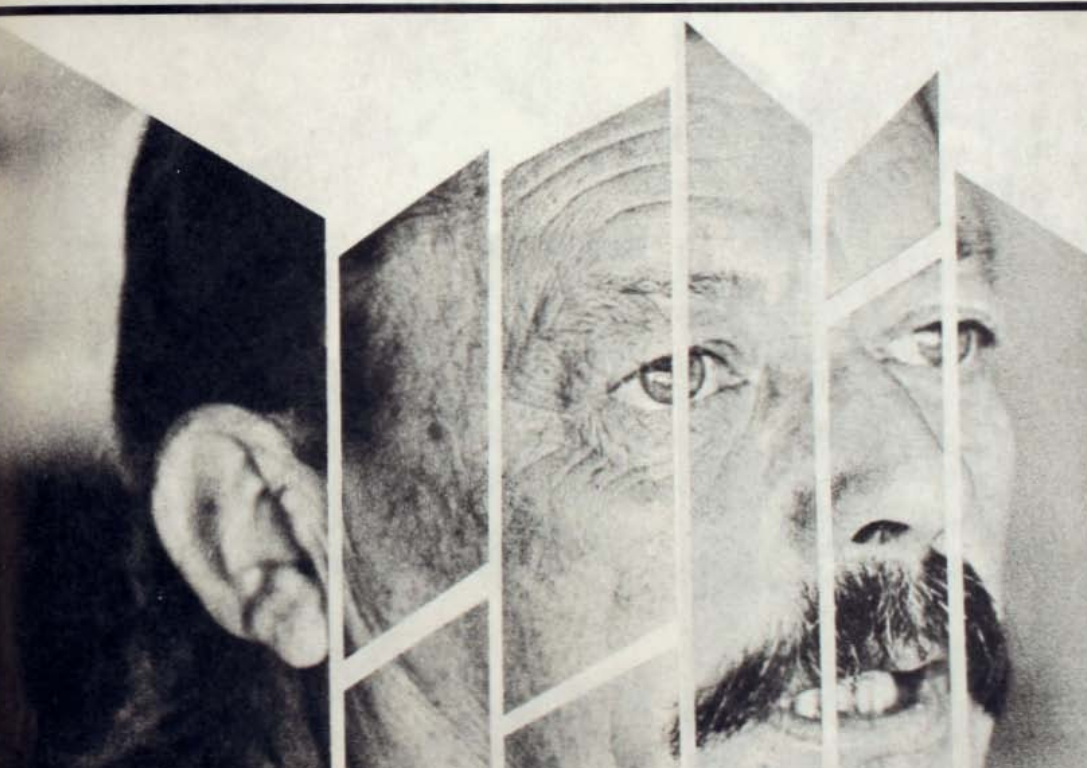
—Permítame pasar, señor Montañez, a otro aspecto de su vida. ¿Cómo se compone su núcleo familiar?

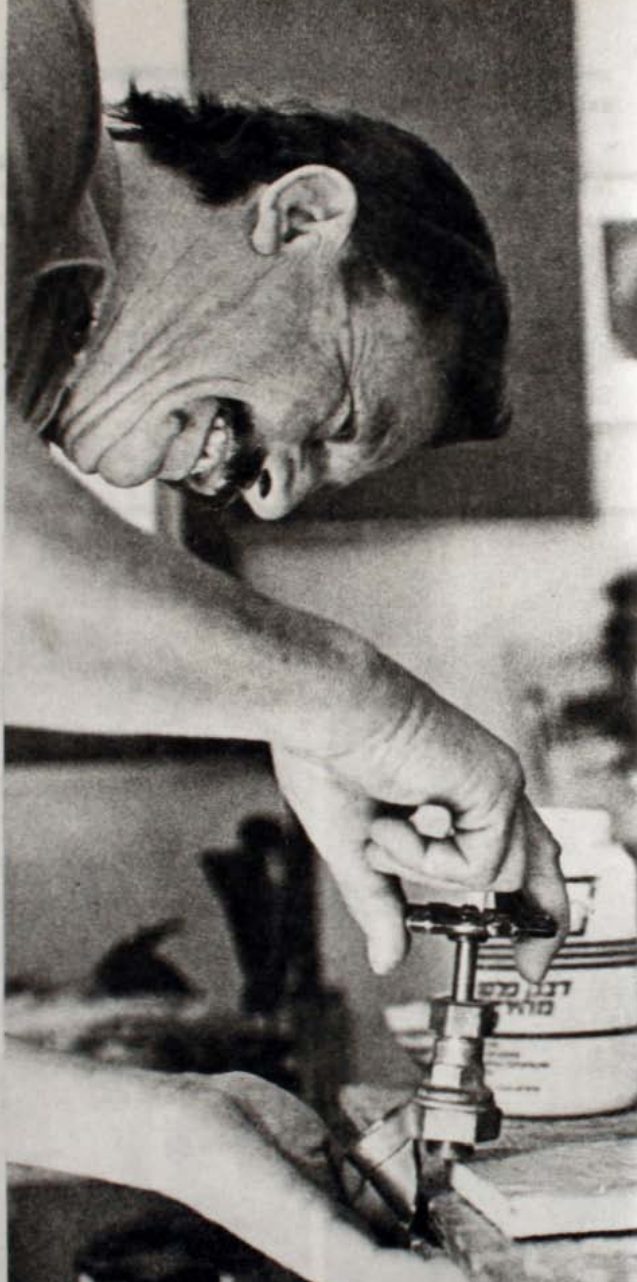
—Todos nuestros hijos nacieron en Uruguay: Tahía, la mayor, Mario, y el chiquito, Alejandro. Tahía tiene 20 años, se acaba de casar. Mario tiene 18; vive en un kibutz, esperando para entrar al ejército. Y Alejandro, el menor, es el único que nos queda.

—Nuestros dos hijos mayores estaban en el movimiento sionista, y su intención siempre fue venir a vivir aquí; todo lo que hacían estaba en función de ese objetivo. Y en un determinado momento dijimos: "¿Qué vamos a hacer nosotros? ¿Esperar a que ellos se adapten allá? ¿Separar a la familia?". Porque nosotros somos muy unidos, y a medida que los chicos crecían la relación se estrechaba más aún.

—Supongo que a usted también, señora, como madre, se le planteaba un dilema que exigía definiciones . . .

—Efectivamente, ante esta circunstancia, pensamos que había llegado el momento de iniciar el viaje, porque era el momento más propicio y se daban una serie de condiciones para dejar el Uruguay. Vinimos en el año '75. Carlos acababa de ser nombrado director de la Escuela de Artes Aplicadas, y si aceptaba un cargo de carácter administrativo como ése, estaba claro que no iba a poder seguir pintando. De eso estábamos bien seguros. Entonces se reunió toda la familia, y como yo soy la que casi siempre lleva la iniciativa cuando se producen cambios importantes, planteé el problema: los chicos se iban. Los dos mayores ya lo habían decidido, y meditamos sobre lo que podría pasar en la familia. Si nos separábamos, si nos uníamos. Además se proyectaba ese nuevo trabajo de Carlos, que significaba que debería dedicarse por entero a una labor que no lo dejaría seguir pintando. Entonces llegamos a la conclusión de que había que venir a Israel; lo decidimos en tres días.





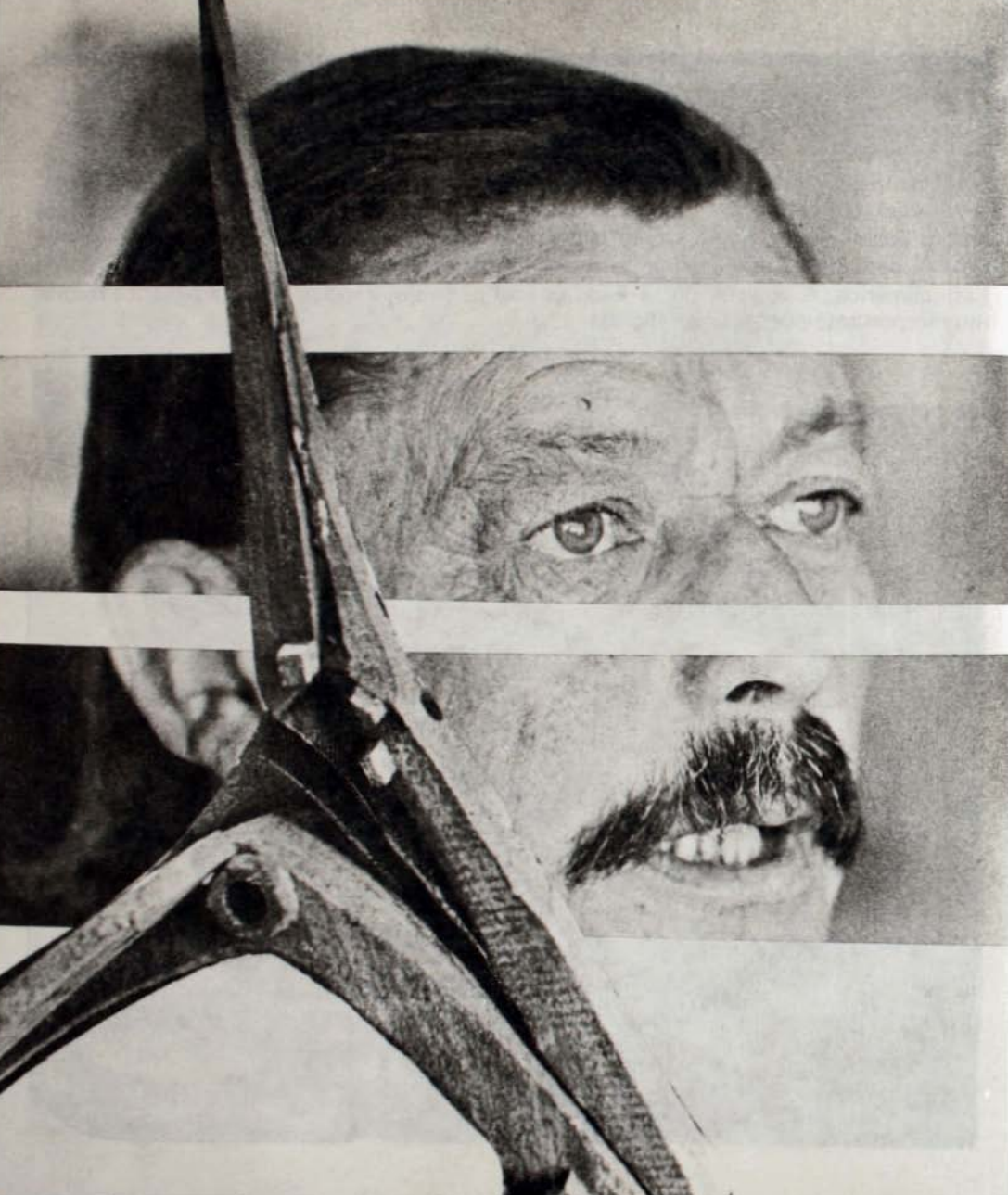
—Hablamos con el shelíaj* para ver las posibilidades que podía tener Carlos de trabajar, y también yo, que además de ser maestra soy asistente social. En esa profesión aquí el campo es enorme, con muchas perspectivas. Pero resultó que apenas llegamos Carlos empezó a pintar, y el éxito que tuvo desde el principio fue tan grande que se dedicó nada más que a eso, y yo como su compañera lo ayudo y lo apoyo. El problema muy grande que aún tenemos es el del idioma; estamos recién en los comienzos y nos resulta muy difícil.

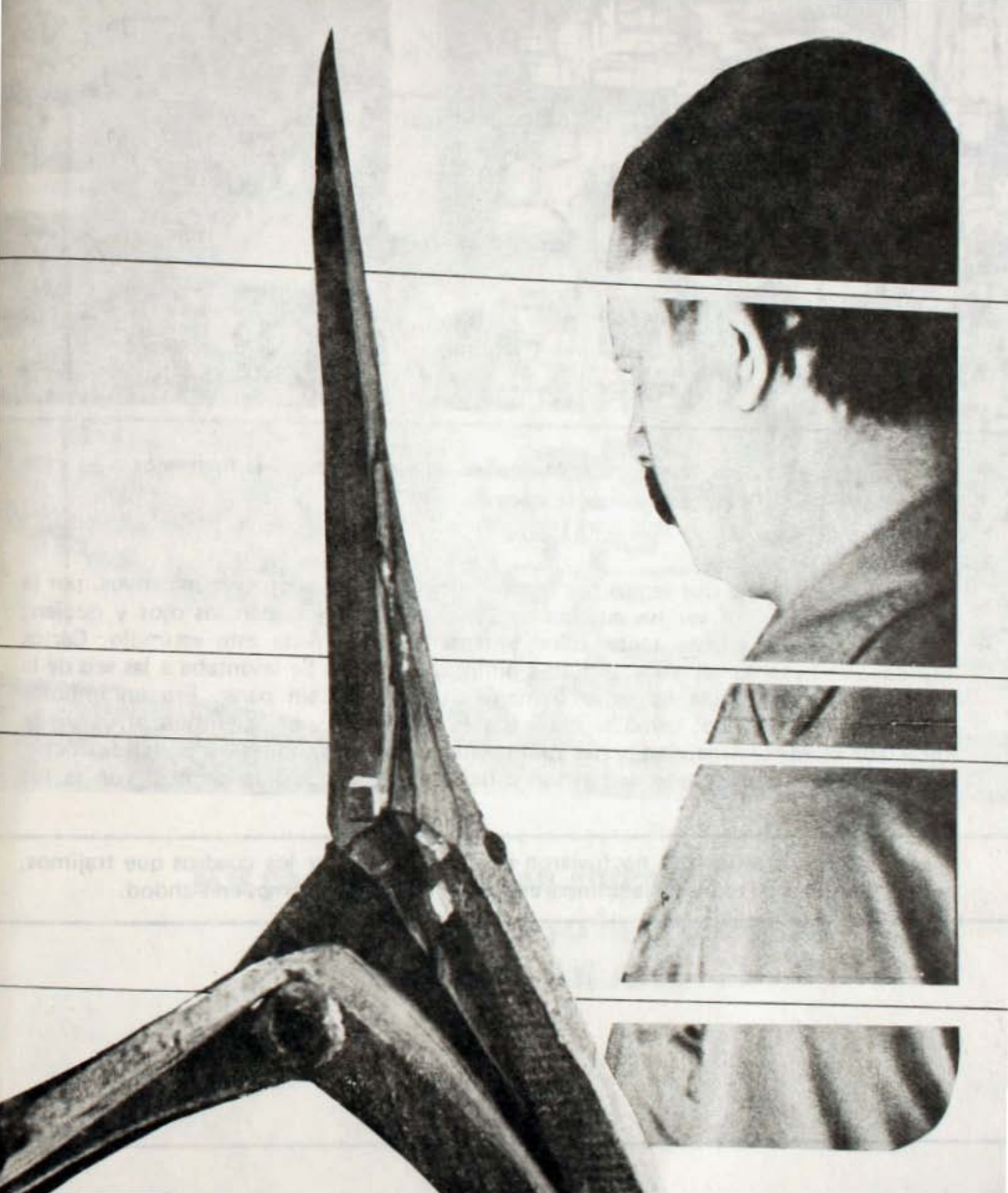
*Representante de la Agencia Judía fuera de Israel.

—Volvamos a escuchar al jefe de familia. ¿Cómo fueron sus primeros pasos en Israel, en lo que hace a su vocación artística?

—Mi estilo de pintor tuvo que cambiar, porque cambiaron también el sol, la luz, la gente, la realidad, la historia: todo un panorama nuevo y complejo. Aquí en Israel, por ejemplo, desaparece el negro, no existe; lo reemplazan otros colores parecidos. Parece un detalle simple, pero no es así. Esto tiene una significación especial para un pintor que llega de Latinoamérica. A veces es lila, a veces es azul con rojo, y lógicamente la temática resulta muy importante por la parte religiosa.

. . . Fue una nueva forma de integración: humana y artistica.





A esta altura del relato, la señora de Montañez no espera ya que la invitemos a aportar su propio recuerdo, y espontáneamente agrega:

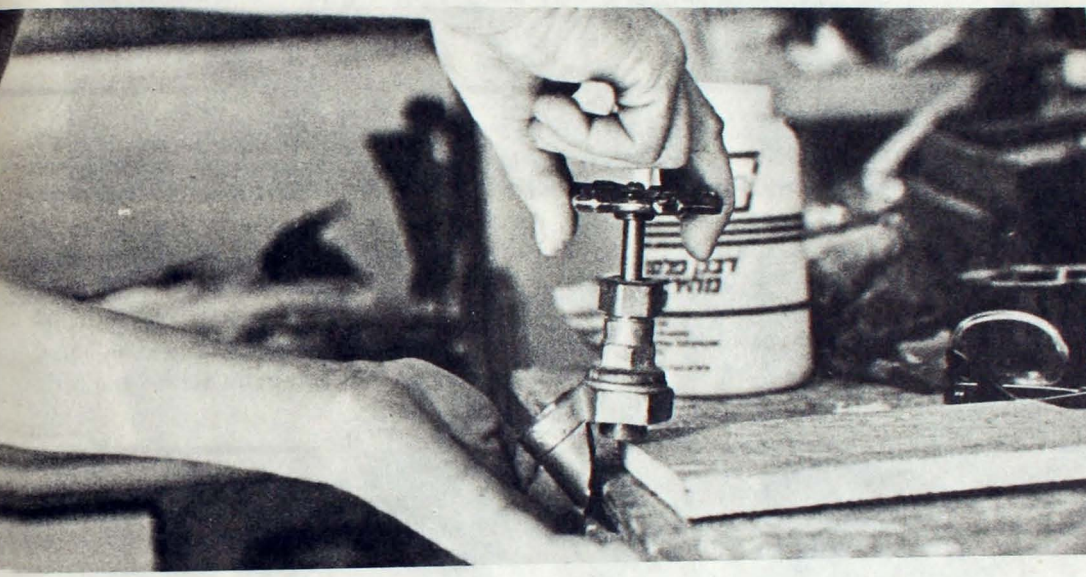
—El público, la gente que vemos por la calle, a pesar de ser poco comunicativos, por la barrera del idioma, al ver los cuadros de Carlos se les agrandaban los ojos y decían: "Pocas veces hemos visto tanto color y tanta alegría". Ante este estímulo, Carlos abandonó el curso de hebreo y se puso a pintar todo el día. Se levantaba a las seis de la mañana y pintaba hasta las ocho o nueve de la noche sin parar. Era un impulso irrefrenable que le vino, como si hubiera sido arrebatado por la pintura, y ya no le importaba comer ni nada, sino pintar y pintar todo el día, y hasta llegó a pintar de noche, cuando todo el mundo sabe que es tan difícil porque los colores cambian con la luz artificial.

—Los pintores israelíes casi no tuvieron ocasión de conocer los cuadros que trajimos, porque se vendieron todos en la primera exposición que organizamos en Ashdod.

—Hicimos la primera exposición en el Centro de Absorción, y el éxito fue extraordinario.

—¿Ese ámbito le brindó algún sentido particular a la muestra?

—La exposición tenía un carácter comunitario, puesto que además planteé todos los problemas de reforma de parques y jardines de la ciudad. Porque para mí el arte no sólo se manifiesta en la pintura, sino también como complemento del ornato de la ciudad.



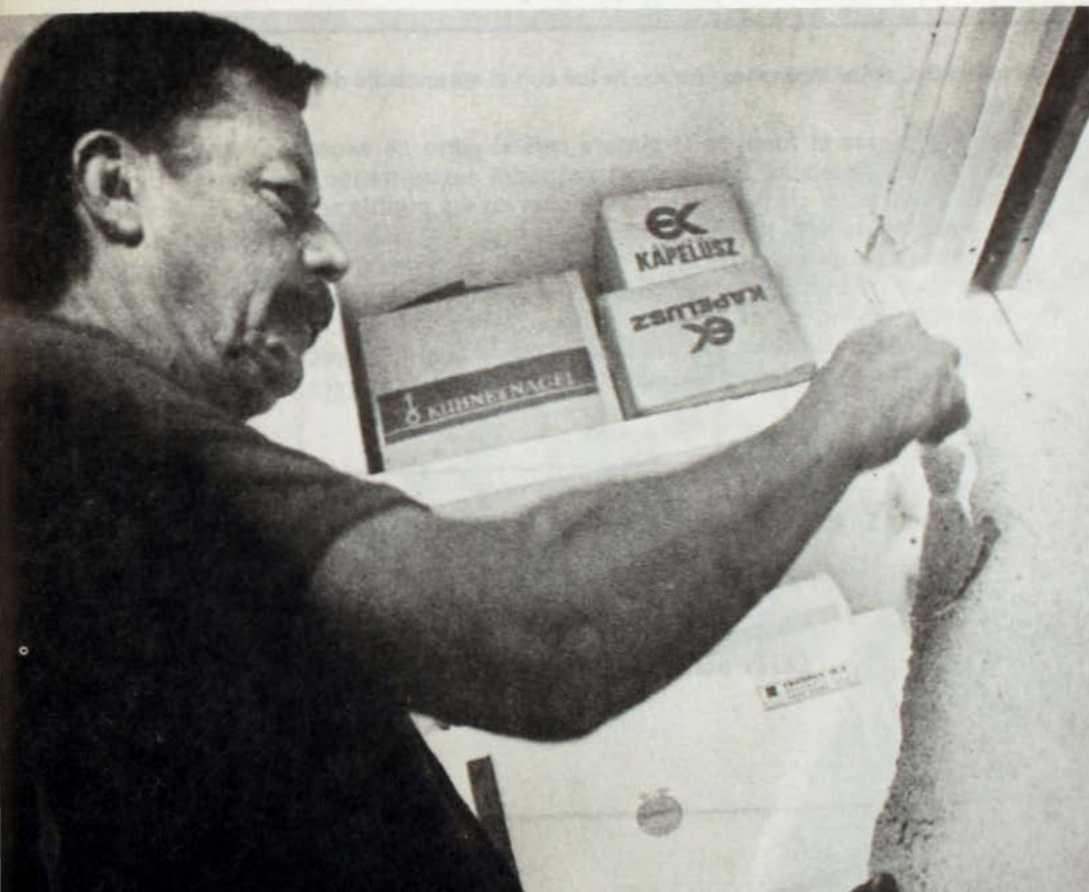
Mis padres no podían entender por qué razón yo había elegido el camino del Arte . . .

Creo que el artista debe participar activamente en el embellecimiento de las ciudades, aportando su imaginación y su sentido de la belleza, pero no con un carácter tan individual como se manifiesta en un cuadro, sino en una forma más colectiva, más integral, más funcional. Y eso fue lo que hice. Apenas llegué a Ashdod recorrí las calles, el puerto, los puntos más importantes de la ciudad. Entonces me formé una idea general de las necesidades estéticas que existían y me puse a realizar una serie de proyectos, que también presenté en la primera exposición. Fui, pues, un recién llegado que traía un mundo de ideas nuevas a esta ciudad, que estaba en pleno desarrollo. Es decir que llegué en el momento preciso, y por eso creo que las autoridades pusieron tanta atención a cada uno de mis proyectos.

—A la exposición asistieron todas las autoridades; incluso la inauguró el Intendente, y él mismo se interesó en estudiar y ubicar las maquetas para un programa general de urbanización artística, con los planos, los dibujos, los cálculos y los costos correspondientes, porque se trataba del problema de la ornamentación de Ashdod para transformarla en una ciudad moderna y atractiva, con un carácter propio.

—Mis ideas gustaron. Es que hacían falta en ese preciso momento en que la ciudad crecía por todos sus costados: sus edificios, sus jardines, sus caminos, sus industrias. Fue una nueva forma de integración: humana y artística.

—La verdad es que me entusiasmé. Salía a recoger cosas por la calle y con lo que estaba tirado, con lo que no servía, hice varias maquetas. Eran pedazos de madera, fierro, viruta, cartones. Fue un esfuerzo emocionante y humilde, pero sirvió también para demostrar una vez más que cuando un hombre se propone una cosa no hay nada ni nadie que pueda detenerlo. A lo mejor la gente se asombraba viendo a este inmigrante que recogía todo lo que los otros tiraban, sin explicarse el significado que más tarde iban a recibir esos objetos.



–Y su propia esposa, ¿cómo veía el problema?

–Una de las razones por las que Carlos sufría era el ver cómo tiraban a la basura tantas cosas que para él tenían otro significado, como materia prima para su proyecto de obras de ornamentación. Y a mí me desesperaba porque cada vez que salía a la calle volvía con un cargamento de cosas aparentemente absurdas. . .

–A todo esto, señor Montañez, ¿cómo le fué con el aprendizaje del hebreo?

–Cuando me vino el furor de la pintura dejé el curso de hebreo. Se lo expliqué a la profesora y ella entendió. En las clases no podía concentrarme, me ponía a dibujar, a bosquejar cuadros. Y claro, en esas condiciones no era posible aprender mucho. Un día me encerré en el taller y me decidí a correr el riesgo de quedarme sin idioma para poder transformarme en un pintor como había querido ser toda mi vida. Las autoridades me encargaron varios trabajos, entre otros los proyectos para el monumento del puerto. Puedo utilizar un horno de cerámica perteneciente a la Municipalidad, y ahora estoy participando en un concurso con tres arquitectos, al cual fui especialmente invitado. He intervenido en otros concursos, y también diseñé un sello de correos.

. . . Y este paisaje es una tentación,
con sus variaciones,
sus sorpresas,
con sus cambios permanentes. . .

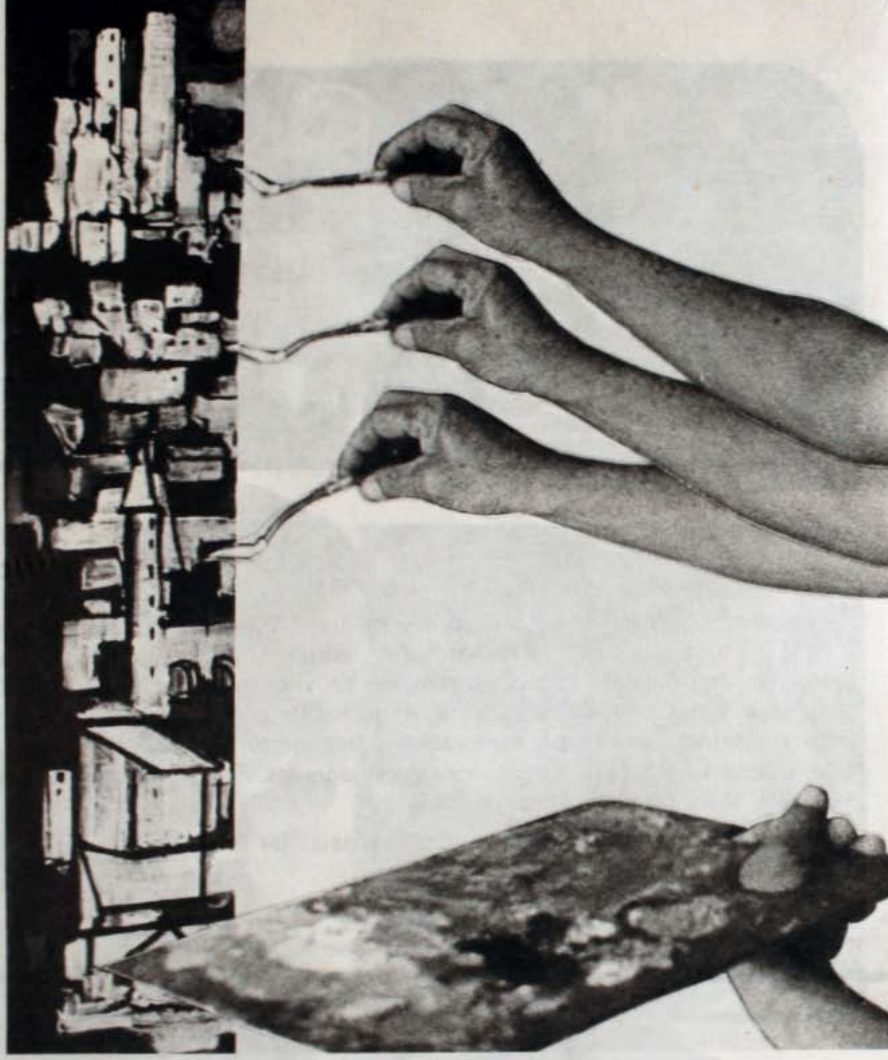
–Dejemos por un momento el tema específico de la expresión artística, y cuéntenos señora, cómo se desarrolla la vida cotidiana del conjunto de la familia.

–Tuvimos la suerte de obtener un hermoso departamento, con vista al mar. Después conseguimos también un taller, con ayuda del Ministerio de Absorción; allí es donde Carlos trabaja todo el día. Los hijos, entretanto, hacen su vida; mi hija está estudiando en la Universidad. Mi hijo está todavía indeciso, no sabe si ingresar a la Universidad o hacer primero el servicio militar. Todavía no está muy seguro de qué es lo que quiere hacer. Ahora, nosotros, Carlos y yo, cambiamos nuestras vidas, estamos prácticamente todo el tiempo juntos. Yo dejé de ser la mujer que trabaja fuera del hogar, para convertirme en ama de casa y hacer todas las diligencias que mi esposo necesita. Aparte de eso lo ayudo cuando viene gente, muestro los cuadros, oficio de traductora, etcétera.

. . . En Israel
el regateo
es casi un arte . . .

—Nosotros nos levantamos a las seis y media. Desayunamos y Carlos se pone inmediatamente a trabajar. Yo hago las compras, contesto la correspondencia, porque hay que mantener una correspondencia intensiva. Yo vivo todo el día detrás de Carlos, atenta a todo lo que necesite: colores, pinceles, gomas de pegar, clavos, cartones, aluminios, y si falta algún material salgo a comprarlo de inmediato. Tenemos contactos con galerías de arte, donde Carlos tiene exposiciones permanentes. Pero la galería más importante es esta casa, este taller donde vivimos frente al mar.

—Aquí llega gente de todas partes del país: de Haifa, de Eilat, de los puntos más apartados de Israel.



—Yo abandoné mi carrera por la profesión de secretaria. El regateo en la venta de los cuadros es una parte del trabajo, porque en Israel el regateo es casi un arte. Sin regateo no hay venta. La venta o la compra no tienen gracia, quedan desilusionados tanto el comprador como el vendedor. Siempre se arma el tira y afloja hasta que el cliente sale con un cuadro bajo el brazo. Las ventas se hacen al contado, o en casos especiales, con cheques a treinta o sesenta días.

—Aquí retoma el relato el jefe de la familia para agregar:

—Almorzamos entre una y media o dos de la tarde, que es la hora en que nuestro hijo menor llega de la escuela.

—A las dos de la tarde se hace silencio en el taller. De dos a cuatro hay que evitar hacer ruido, es la hora de la siesta. Esas dos horas las ocupo en dibujar o grabar, y ya a las cuatro empiezo otra vez con el martilleo y los serruchos.

—Después de las seis de la tarde empiezan a llegar nuestros amigos, para charlar, para estar un rato juntos. Tenemos que tener una mesa pronta, siempre hay frutas, café, es decir, un ambiente grato, como es nuestra costumbre, para iniciar la charla del día después de una jornada de trabajo.

–¿Y su hebreo, mientras tanto?

–Yo empecé a ir a un ulpán hace un par de meses. Carlos también empezó a ir muy dispuesto con su cuaderno, su lápiz y su goma de borrar, pero sólo asistió dos días, y al tercero ya tuvo un compromiso y le fue imposible seguir yendo.

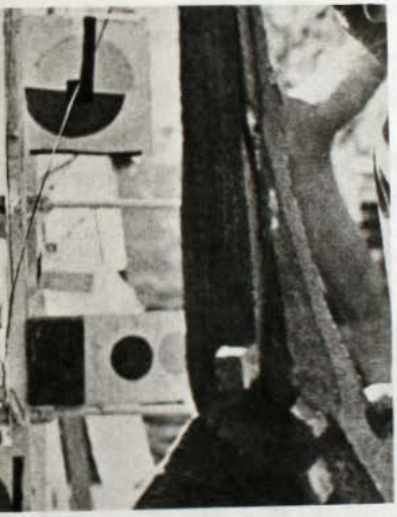
–¿Cuál es, señor Montañez, su estilo de pintura en Israel?

–El gusto israelí por la pintura es diverso. En general, a la gente le gusta lo no figurativo, pero también les encantan los paisajes, especialmente de Jerusalén, de Haifa, de Acre. Yo en todas las recorridas que hago por el país pinto escenas de ese tipo. A veces diseño una composición abstracta, pero se sabe lo que es. Es una recreación del paisaje, naturalmente. Ahora, el color, y especialmente el color del mar, cambian constantemente. Cuando sopla el jamsín, el viento del desierto, es todo blanco, y los árboles aparecen en distintos tonos de gris. Y este paisaje es una tentación, con sus variaciones, sus sorpresas, con sus cambios permanentes, inesperados, siempre nuevos y jamás repetidos. En el verano el sol baja a veces por un lado y otras por otro, es también como una sorpresa. Es decir que con el paisaje que tengo frente a mis ojos, con este mar que juega delante nuestro y esta luz tan rica en matices, tengo tema de inspiración para mucho tiempo.

El artista inmigrante recibe aquí mucha ayuda . . .

—Con todo lo andado hasta aquí, ¿Cómo ve usted, señora, el futuro próximo?

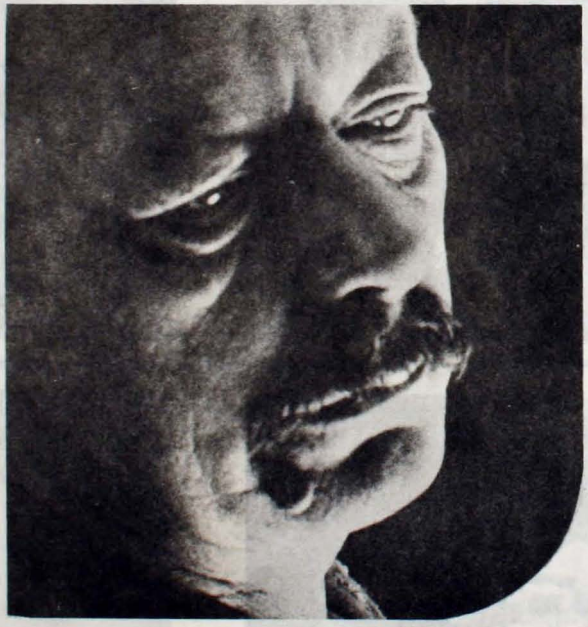
—Nuestras perspectivas están basadas ahora en los próximos trabajos de Carlos, en especial los proyectos de monumentos. Estamos esperando los resultados de los concursos: ahí está nuestro futuro, de esos resultados depende lo que vayamos a hacer. Porque son empresas de gran envergadura, que van a demandar gran dedicación y tiempo. Y también de pronto ocurren esas sorpresas que depara el arte. Hace unos días nos compraron seis cuadros para llevárselos a Francia; en Acre también nos compraron otra colección para Australia. . .



—A esta enumeración de su esposa, Carlos Montañez agrega su propio recuento de las distintas expresiones de su vocación artística y su juicio sobre las cosas que suceden a su alrededor.

—También hay cuadros míos en Inglaterra. Aquí no hay problemas o trabas aduaneras para sacar obras de arte. Hemos vendido a gente de Argentina y de Uruguay. Es muy frecuente que lleguen marchands de París, recorran todos los talleres y elijan varias obras. Se las llevan y las venden en Europa.

—Aquí en Ashdod hay sesenta mil habitantes; hay gran cantidad de marroquíes que hablan castellano, para no hablar ya de argentinos, uruguayos, etcétera. Tengo amigos árabes y muchos israelíes con quienes me entiendo perfectamente bien. Con los pintores dibujamos. Para entendernos mejor. Con el Intendente, por ejemplo, hablamos con un lápiz. Yo le voy dibujando lo que quiero decirle, y él me entiende perfectamente. Le dibujo los proyectos, los cálculos. Claro, es un poco divertido, pero por el momento no tenemos otro camino. Aquí me han ofrecido en varias oportunidades dar clases en escuelas, en talleres de cerámica, pero prefiero esperar hasta dominar el hebreo. En cambio, les propuse a las autoridades que becaran a unos quince muchachos para que vinieran a estudiar al taller.



—Ahora estamos proyectando una exposición en Dimona, una ciudad que está en medio del Néguev, en pleno desierto. En general, periódicamente hacemos exposiciones en lugares alejados, desolados, en ciudades y pueblos pequeños, en kibutzim. De esta forma uno puede difundir el arte. La gente de esos lugares responde magníficamente, con mucha sensibilidad, con mucho interés.

—Nosotros no hemos pensado en regresar allá. Estamos aquí, este es nuestro país, aquí está nuestra fuente de trabajo y nuestro futuro. Israel es el futuro. Dicho así, sinceramente, como el producto de la experiencia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL
24 AGO 1998
SECC. CHILENA

ASI TRABAJO YO

—"Así trabajo yo" nos incorpora a un mundo que registra minuciosamente la riqueza de tres vidas que reflejan el ansia de superación del ser humano, la insospechada fuerza que lo mueve cuando los objetivos son concretos, la transparencia ejemplar de una conducta en que se registran la alegría, el dolor, la incertidumbre, y por fin, el logro de una meta en que se inscribe lo más positivo de los valores humanos.